



Predicamos con el ejemplo!

Al recomendar a las madres de Cuba la MALTINA TIVOLI VITAMINADA, como alimento que será factor decisivo en el crecimiento y promotor de la salud de sus hijos, lo hacemos con pleno conocimiento de causa.

Los hijos del Presidente de nuestra Empresa, Don Julio Blanco Herrera, Rosita y Julito, han sido fieles consumidores de la MALTINA TIVOLI VITAMINADA desde sus más tiernos años, y aquí mostramos el resultado!

La MALTINA TIVOLI VITAMINADA, además, contrarresta el desarrollo de la anemia.



NUESTRA ETICA INDUSTRIAL
ES: COMPETIR CON CALIDAD

Cervecería

LA TROPICAL

FOTOGRAFADO
BRUNET Y H.



DIARIO DE LA MARINA



SUPLEMENTO DOMINICAL ILUSTRADO

LA HABANA, 27 DE FEBRERO DE 1938



En Este
Número:



Un Servilón
y Un
Liberalito
Gran Novela



Perspectivas
de la Ciudad
Armoniosa



Hildegarde
Modas de Hoy



Luli Deste
Sirena Vienesa



Claudette
Colbert



Carole
Lombard



Interesantes
Reportajes de
Hollywood



M. CANOVA

EL LOCCARRIL POR FONTAINE FOX

"DAVILTA"



«¿ESE POTRO QUE ME VENDIÓ NO ES MANSO, COMO DECÍA? HA VUELTO A LANZAR A MI HIJO DE LA SILLA!»



«¿SEÑORA CHEPA, ESTOY DISPUESTO A QUE ME LO DEVUELVAN, PERO ANTES...»



«¡NO HA SUFRIDO LESIONES, NO! ESTÁ BIEN, PUEDE PROBAR DE NUEVO EN SU PRESENCIA!»



«¿VEN PARA QUE MONTES EN EL POTRO DE DAVILTA!»



«¿CARAMBA, CREÍ QUE DAVILTA NO TRATARÍA DE MONTAR ESE POTRO MÁS, PERO ME EQUIVOQUE!»



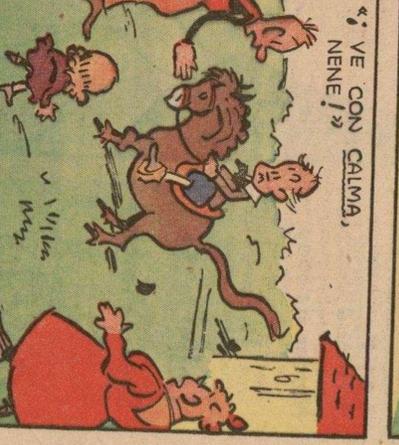
«¿HE TRAJIDO A MI NENITA PARA QUE MONTE EL POTRO ANTES QUE SU HIJO!»



«¿DE MODO QUE SI ESA CHIQUILLA PUEDE CORRER EN EL...?»



«¿VEN, EDUARDO, QUE DAVILTA VA A TRATAR DE MONTAR EL POTRO OTRA VEZ!»



«¿VE CON CALMA, NENE!»



«¿AY, MAMA!»



«¿QUE LE DUE?»



«¿HICISTE UN BLANCO PERFECTO!»

LA VIDA ES ASÍ...

Por FRED NEHER.



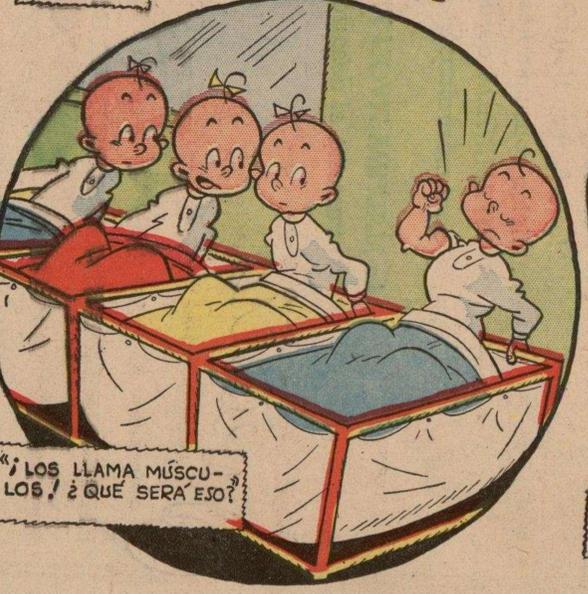
«OPERADORA, ME HA SOPLADO EL DINERO. ¿DON REMIGIO NO PRESTA LOS SABADOS!»



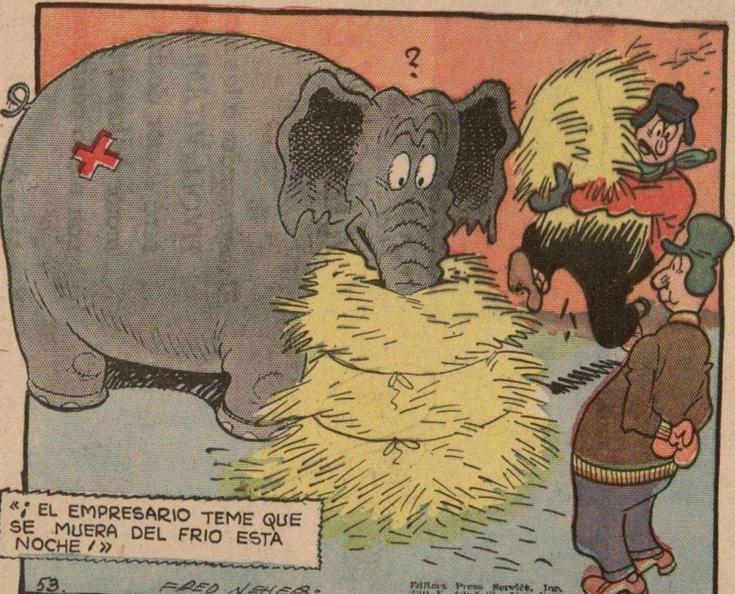
«¿A MI MODO DE SENTIR, EL SEÑOR CONTINÚA EN ESTADO GRAVE!»



«¿ESTAMOS EN HUELGA SENTADA CONTRA LOS FUEGOS DESPUÉS DE LA HORA DE ALMUERZO!»



«¿LOS LLAMA MÚSCULOS! ¿QUÉ SERÁ ESO?»



«¿EL EMPRESARIO TEME QUE SE MUERA DEL FRIO ESTA NOCHE!»



«¿TENGA CUIDADO CON ESTE MÓDELO DE SOMBRERO, SEÑORA, NO VAYA A SALIR VOLANDO!»

AUNQUE PAREZCA INCREIBLE

POR JOHN HIX



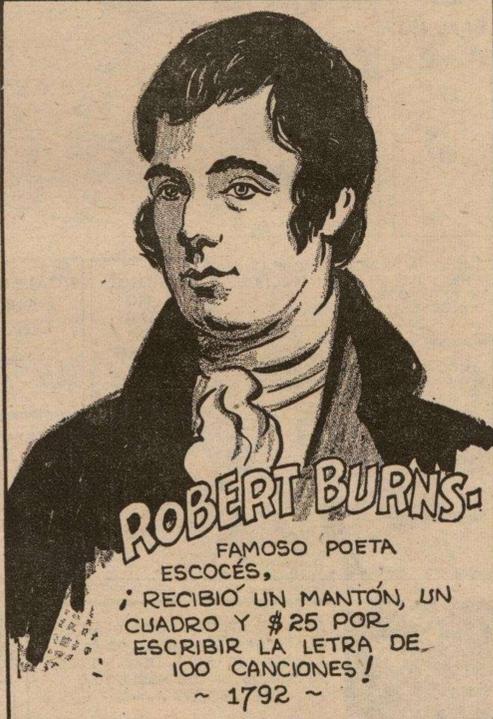
NICOLAS II
ÚLTIMO ZAR DE RUSIA, NUNCA LLEVABA MONEDAS EN EL BOLSILLO Y TENÍA QUE TOMAR DINERO PRESTADO PARA PAGAR SUS GASTOS MENUDOS.

EL VAPOR QUEEN MARY PESA 20,000 TONELADAS MÁS QUE TODA LA GRAN ARMADA ESPAÑOLA!



LA SIEMBRA SECRETA

T. C. HENRY, ALCALDE DE ABILENE, ESTADO DE KANSAS, EE. UU., SEMBRÓ SECRETAMENTE LA PRIMERA COSECHA DE TRIGO EN EL 1870, PORQUE TEMÍA QUE EL HECHO LE PERJUDICARA EN LA POLÍTICA; HOY, EL TRIGO INVERNAL ES EL PRIMER PRODUCTO DE KANSAS.



ROBERT BURNS
FAMOSO POETA ESCOCÉS,
RECIBIÓ UN MANTÓN, UN CUADRO Y \$25 POR ESCRIBIR LA LETRA DE 100 CANCIONES!
~ 1792 ~



TRES DE LAS PRIMERAS 4 CARRERAS DE CABALLOS CELEBRADAS EN EL HIPÓDROMO DE BIRMINGHAM PARK, EN INGLATERRA, EL 1 DE NOVIEMBRE DE 1910, RESULTARON EMPATADAS.

SEA VD. EL JUEZ. "SOLUCIÓN"

".....DE LA DEMANDANTE". LA SEÑORA ARCHER GANÓ SU PLEITO CONTRA LA COMPAÑÍA DE SEGUROS, QUE TUVO QUE PAGARLE EL DOBLE DE LA PÓLIZA POR HABER DECIDIDO EL TRIBUNAL QUE LA MUERTE DE SU ESPOSO HABÍA SIDO CAUSADA POR UN ACCIDENTE. SEGÚN EL VEREDICTO, AUNQUE ARCHER TUVIERA CONOCIMIENTO DE QUE LOS INDIVIDUOS ESTABAN ARMADOS, NO TENÍA POR QUÉ IMAGINAR QUE FUERAN A DISPARARLE.

HERENCIA del PASADO!

EL TREN AERODINÁMICO "CIUDAD DE LOS ANGELES" SE MUEVE SOBRE UNA VÍA CUYO ANCHO FUE DETERMINADO HACE 2,000 AÑOS POR LOS ANTIGUOS AURIGAS ROMANOS!



Un servilón y un liberalito



MR. FERNAN CABALLERO

CAPITULO I

El castillo de Mnestéo

Souvent à l'aspect d'une belle contrée on est tenté de croire qu'elle a pour unique but d'exciter en nous des sentiments élevés et nobles. Madame de Stael.

Al contemplar una hermosa vista, suele uno sentirse llevado a creer que es su único objeto excitar en nosotros sentimientos elevados y nobles.

Ya en otra ocasión hemos hecho mención del antiguo castillo de Mnestéo, que existe en el Puerto de Santa María, y pertenece a los Duques de Medinaceli. Fue llamado de Mnestéo por haber sido construido por un Príncipe fenicio de igual nombre. Pasó después a la dominación romana, luego a la de los moros, hasta que en 1264 lo conquistó el Rey don Alfonso el Sabio, para cuya conquista le alentó, apareciéndosele, la Virgen de los cristianos; en memoria de lo cual dió el sabio y religioso Rey su venerado nombre a aquella población, perdiendo así la bautizada villa su pagano nombre de Mnestéo.

Mas si interesase ahora a alguno de nuestros lectores penetrar con nosotros en su recinto, le serviremos gustosos de «cicerone». Haremos aún más; toda vez que en ello le complazcamos, le haremos conocer a sus moradores, y tendremos, según la expresión de una amiga nuestra de infinito talento y gracia, un arto de comadreo.

Sentimos que a fuer de verídicos no nos sea posible divertir al lector con una descripción lúgubre y medrosa en el género de las de la autora inglesa Anna Radcliff, en vista de que, según dice Custine, «l'imagination aime à frémir» (la imaginación gusta de estremecerse). Porque opuestamente, para ser verídicos, tenemos que descender a los pormenores más sencillos, más cándidos, y si se quiere, más triviales de la vida común, si hemos de describir el estado actual del castillo, de este adalid muerto y petrificado, de este grandioso y fuerte esqueleto con pies fenicios, cuerpo romano, cabeza morisca y brazos españoles, que ostenta el Puerto, como antiguo y noble blasón de cuatro cuarteles sobre una eminencia, a la entrada de su río Guadalete, a cuya orilla y al amparo de su valiente defensor, se ha ido extendiendo la población, como crece el vástago a la sombra del árbol que lo cria.

Al penetrar en el recinto, por la puerta que se halla en la gran plaza a que da nombre, esto es, la plaza del Castillo, se atraviesa un pequeño espacio. se suben unas gradas y se entra en el compás que precede a la Iglesia, que es el punto céntrico del edificio. Formala un espacio grande, abovedado, cuyo techo está sostenido por enormes pilares, sin tener más luz que la que recibe por una gran ventana que está al pie de la iglesia, y la toma de un corral interior. No hemos podido averiguar el primitivo destino de esta vasta plaza: si fué aduana, lonja, mezquita o almacén en que se depositasen víveres. Hoy es el adornado bendito y recogido santuario de un culto sostenido y devoto, al que con gran

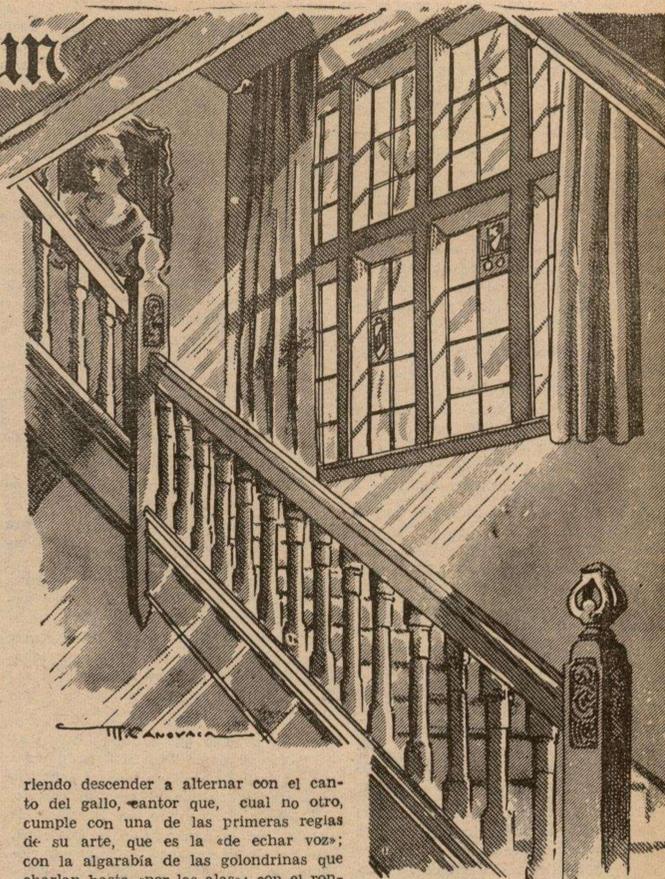
asiduidad concurren los habitantes de la ciudad.

A la derecha del compás hay una escalera empinada que conduce a lo alto. La plataforma o azotea que está sobre la iglesia, constituye un gran espacio enladrillado, que fué y conserva aun hoy día el nombre de Plaza de Armas. Alrededor de esta plazoleta están las habitaciones que fueron morada de los caudillos, y salas de armas; y que hoy subdivididas forman habitaciones. Vive en la mejor el capellán del castillo; en otra el sacristán; en otra un maestro de escuela; en la más pequeña una anciana viuda: todos tipos los más genuinos de gentes pacíficas; por lo cual uno de los formidables torreones se ha convertido en oratorio, otro en cocina, otro en palomar y otro en jardín. ¿Cómo pues, amalgamamos con estos objetos la aparición de un moro feroz, llevando su cortada cabeza debajo del brazo de un formidable caudillo cristiano entre cuya celada se divisase una calavera siniestra? ¿Cómo podrían oírse gemidos ni amenazas entre las bóvedas y escaleras de aquellas torres, en que tan pacíficamente cuelgan los chorizos y ristras de pimientos; en que tan amorosamente arrullan los palomos; en que tan unidas están las almenas con las flores. a las que sirven de reclinatorio, y que por ellas han olvidado de un todo dardos, flechas y arcabuces; en las que tan suaves suenan las preces, y con tan esforzado «¿que se me da a mí?», retumba el doméstico almirez. No, no; allí no hay malos espíritus, asombros ni horrores; las oraciones, el sol de Dios, la paz material y la del alma, las buenas conciencias y las flores los han ahuyentado.

Si nos asomamos por la ventana de la sala del capellán, que está a la derecha de la Plaza de Armas, vemos un corral, que sería quizás el cementerio en tiempos de guerra, convertido en un diminuto huerto, presidido por una aislada y austera torre cuadrada en la que se han amontonado gran cantidad de huesos de bizarros cristianos y valientes moros enterrados en aquel lugar. En cuanto a los huesos romanos que allí puedan hallarse, deben bailar de contento, al considerar que la tierra, a fuerza de oír su famosa plegaria, «de que les sea ligera», se ha ido aligerando hasta el punto de no cubrirlos. Los honrados moradores actuales del castillo suplicaron atentamente a estos huesos errantes que cediesen su sitio a las coles y rábanos, a la hierbabuena y al perejil; y que se fuesen apiñando en amor y compañía en aquella torre, testigo de sus hazañas. Los huesos no se negaron a acceder a lo que con tan buen modo se les pedía, y allí están sin que nadie se meta con ellos, sino unos preciosos conejos caseros que viven, juegan y procrean alegre y pacíficamente a su lúgubre sombra.

Necesaria, es pues, una fuerza de abstracción—que no le es dada sino al historiador o al anticuario—para poder prestar todo el vivo y solemne colorido de su heroico pasado, a aquella mansión de sol, de flores, de paz y silencio, de lindos animalitos caseros y de buenos vecinos.

Hasta los ecos que repitieron los bélicos sonidos de trompas y clarines, han caído en un obstinado mutismo, no que-



riendo descender a alternar con el canto del gallo, «antor que, cual no otro, cumple con una de las primeras reglas de su arte, que es la «de echar voz»; con la algarabía de las golondrinas que charlan hasta «por las alas»; con el ronco y poco armonioso arrullo de los palomos, amantes, formales, fieles y comidos; ni con los destemplados arranques de los patos poco filarmónicos, que sin la más mínima aprehensión, hieren el aire que los rodea y los oídos que los oyen; pero ni aun con los alegres cantares del canario saltimbanquis, que prefiere a las del laurel, coronas de jaramago.

Un lugar hay, sin embargo, en que la mente deja de sonreír, y el alma se eleva ampliamente a otras esferas. Es éste la plataforma de las altas torres, que coronadas de sus almenas, se alzan erguidas en su ancianidad y abandono tan bellas, tan derechas y tan señoras, como cuando dominaban y defendían el país.

La vista que desde su altura se descubre admira, eleva, embelesa; y si nos es permitido decirlo, deslumra. ¡Tal es el esplendor de la atmósfera, del cielo y de la mar, la lontananza de los horizontes, la belleza de los objetos y lo grandioso del inmenso paisaje, que desde aquellas alturas se presenta a la vista! Al lado del Sur, se extiende en toda su majestad y su brillo el mar, que hacia la izquierda viene a ostentar sobre la barra que precede al río Guadalete el garbo de sus olas y la blancura de sus espumas. Al frente se ve Cádiz, que aunque distante dos leguas, muestra claro sus tersos y delineados contornos, como dibujados con firme pulso en el esmalte del horizonte.

A la izquierda, siguiendo con la vista el recto camino real por medio de un verde coto, se llega con él, a las dos leguas, al elegante Puerto Real, y siguiéndolo después en su curva, se llega a la isla, o ciudad de San Fernando, donde muere entre «albinas» la bahía, dejándose por legado gran cantidad de la afamada sal, que en blancos montes apiñan. En lontananza se extiende Chipriana en su llano, llevando por bandera una ruina, que fué lindísima capilla de Santa Ana, y se encarama Medina en su monte, como vigilando sus verdes campos y sus ganados.

Volviendo la vista a la derecha, se

ve subir la carretera en suave cuesta, por entre viñas y arboledas, la que más adelante se arrastra por ricos campos de trigo, hasta llegar a Sanlúcar de Barrameda.

Al Norte, esto es, en dirección opuesta al mar, vese el camino de Jerez atravesar la vega, derecho como el que quiere llegar pronto, y torcer después a la derecha, para salvar los altos cerros, en cuyo seno se ocultan las magníficas canteras que hace tantos siglos están formando los edificios que levanta el hombre, y dedica ya al culto, ya a labrarse sus moradas; y después de pasar cerca de lo que fueron ruinas del castillo de doña Blanca, desaparece detrás del monte.

Este castillo, de que apenas resta vestigio, fué edificado por don Alonso el Sabio sobre una eminencia que dominaba el río; pero el río ha tomado las de Villadiego como un desierto, si no a sus banderas, a su cauce. Relevado por consiguiente el castillo del cargo de vigilarlo, cansado de su soledad y de su «farniente», se ha caído como una barraca sin respeto a su poético nombre de «Castillo de Doña Blanca», nombre que debe a la tradición, que jura y perjura que en aquel solitario albergue encerró el Rey don Pedro a la mujer que le faltó a la fe debida.

Vese también en la vega otro objeto lleno de actualidad y palpitante de interés (según se expresan en francés traducido los periódicos de la Corte y sus socios de las provincias), se ve, sí, se ve, poniendo cuidado o sacando un anteojo de larga vista, el camino de hierro; pero... ¡qué chico! ¡Qué mezquino! Cuando en seguida se baja la vista, y se mira aquel castillo de otras edades, tan grande, tan fuerte y sólido; cuando se miran las iglesias seculares, allí, en Cádiz, en Puerto Real, serenas e inmutables entre huracanes, vicisitudes, guerras y siglos, y se comparan a esa moderna «obra magna», no puede uno menos de considerar que mientras más se emancipa el hombre de Dios, más mezquinos, efímeros e

Inconsistentes son, no solamente sus ideas, sino también sus obras.

Sirven de punto de vista a este cuadro del Norte, los montes de Ronda, que el San Cristóbal tiene a sus pies, mientras alza su cabeza entre nubes.

Esta vista toda es magnífica y grandiosa. Ostenta el país tan abierta y completamente sus contornos, como muestra su indole una persona franca. Todo lo alcanza la mirada, que después de vagar con delicia por la tierra, tan bella como la ha hecho Dios, se alza al cielo más bello aún, lleno de admiración y gratitud ofreciendo ambos al Criador; que agradecer es amar, y admirar es tributar homenaje.

Pero volvamos a bajar con cuidado para no perder pie los vestutos y carcomidos escalones de las escaleras, y regresemos a la Plaza de Armas, la más pacífica del mundo, que conserva — a pesar de ser el más descarado anacronismo— su nombre como prueba palpable de la fuerza de la tradición.

A la derecha de la escalera está la habitación del sacristán, que es la menos buena, por tener lucas a corrales; en ésta es donde se halla el torroón, poco elevado, sobre cuyo turbante de almenas ha puesto la sobrina del sacristán una corona de flores.

Una vez en la Plaza de Armas, vemos a la izquierda la habitación de la viuda, dueña del corral de gallinas y del torroón-palomar, torroón bonachón que no se desdén de proteger al palomo perseguido por el gavilán, como protegió a Príncipes contra Reyes, a caudillos contra caudillos.

A la derecha está la habitación del capellán, que es la mejor, y tiene la hermosa torre ochavada que le sirve de oratorio, y donde la «Virgen de la Paz» la derrama en los corazones.

Al frente está la habitación en que vive el maestro de escuela don José Mentor con su buena mujer, doña Escolástica y su buenisima hermana, doña Liberata.

No hemos querido describir las anteriores habitaciones por no cansar al lector, que es probable que no sienta la simpatía que tenemos nosotros por el castillo de Mnésté. Pero, en cuanto a éste, nos precisa describirla gráficamente, por ser en ella en la que van a tener lugar la mayor parte de los eventos que vamos a referir.

Después de atravesar la alegre y tranquila Plaza llamada de «Armas» por antonomasia, en la que en lugar de fieros hombres de guerra se ven, como ya indicamos, hermosos palomos que andan presumidos, volviendo sus cabezas para lucir los tornasoles de su plumaje, se entra en una pequeña antesala o pasadizo, que a la izquierda tiene una puerta, que da entrada a un cuarto con una ventana a la Plaza de Armas, y que es el que ocupa doña Liberata.

Entrase por este pasadizo a la sala, que es lindísima por tener al andar una azotea que domina la pescadería, la aduana, el muelle, el río, y va a descansar en el siempre verde coto de la orilla opuesta. La sala está aseadamente amueblada con su estera, sus sillones de caoba, que cubren con una careta de temarracón, con una banda azul y blanca ja de algodón blanco, unas crines contemporáneas de las de Bucéfalo, que cansadas de sentirse aplastadas, se esfuerzan por salir de su purgatorio. En el testero hay una mesa «puritana», sin ninguna clase de adorno, sobre la cual se ve un nicho de caoba y cristales que encierra una hermosa efigie de la Virgen. En la pared cuelga un cuadro, antiguo, de poca estima como obra artística, pero de muchísima como objeto de veneración que representa al Santo de la profunda y sincera devoción de la familia, de padres a hijos, San Cayetano. Debajo de este cuadro, en otro de media caña pintado de negro, está un ma-

que pasa por el retrato de don Fernando VII y fué colocado allí por el dueño cuando la guerra de la Independencia.

A la izquierda, a los pies de la sala, hay una puerta pequeña, por la que se entra en la alcoba del matrimonio, la cual tiene ventana a la referida azotea, y no tiene nada de notable sino una cómoda papelería vetusta y secular, cuya tapa viene a cerrarse en diagonal sobre una tabla angosta, en la que se ven un Crucifijo y algunos libros, y encima de la cómoda, colgado en la pared, otro cuadro de San Cayetano.

Esta alcoba tiene una puerta que comunica con un pasadizo triangular, en cuyo extremo está la entrada del valiente torroón, convertido en cocina. ¿Quién vivió nunca un caballero con cota de maila y lanza en ristre convertido en ranchero? Con entrada a ese mismo pasadizo hay un cuarto pequeño con ventanas a la Plaza de Armas, que sirve de comedor a la familia.

En este partido (nombre que se da en Andalucía a cada uno de las partes en que se divide un edificio grande, para que sirva a vecinos), vivía desde innumerables años la familia del maestro de escuela. Ahora, pues, que conocemos el local, vamos a ocuparnos de los habitantes que han sucedido en él a fenicios, romanos y moros, y a los guerreros del sabio Rey; esto es, los gorriones y tórtolas que se han posesionado del nido abandonado por las águilas y milanos.

Es de suponer que si los miembros de la Sociedad de la Paz tuviesen noticias de las transformaciones que en beneficio de ésta ha sufrido el descripto castillo, ese león hecho cordero, ese Hércules hilando, ese Aquiles vestido de Matrona, ese dragón narcotizado, lo hubiesen elegido para punto de reunión de sus sesiones; pues ciertamente, con plena aprobación de sus habitantes se habrían podido anatematizar en aquella Plaza de Armas, todas ellas, incluso las flechas de Cupido.

CAPITULO II

Tres almas de Dios

Bienaventurados los pobres de espíritu. Evangelio de San Lucas.

Il est vraij qui la grandeur selon les hommes n'est pas le grandeur selon Dieu.

Alexandre Dumas.

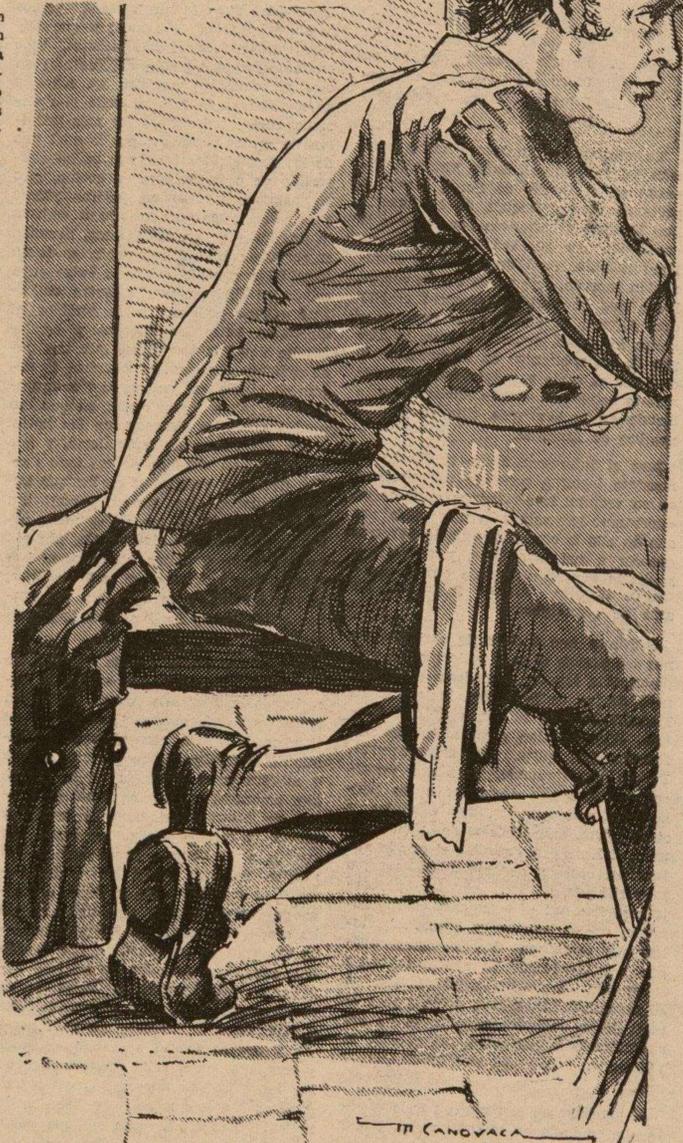
Don José Mentor era, como ya hemos dicho, un Maestro de escuela. Los adelantados de la época atrasaron al pobre don José: el colegio, la gratuita, la escuela mutua, aquellos rayos de las luces del siglo, le arrebataron todos sus niños como lo habían hecho los de Apolo con los de Niobe. Pero don José no se descorazonó: siguió viviendo en su pacífico castillo, en su tranquilo hogar doméstico; con su mujer y su hermana, en paz y en gracia de Dios, tan confiados los tres en el Santo de su devoción. San Cayetano, abogado de la Providencia, que a ninguno robó su desgracia un cuarto de hora de sueño.

Don José contaba con un vitalicio en que vendió una casa ruinosa. Consistía aquél en una peseta diaria—¿qué tal sería la finca?—vitalicio que con su imprevisión de niño, puso sobre su cabeza, sin acordarse de que su mujer y su hermana deberían probablemente sobrevivirle. Tenía algunos otros recursos; era el uno llevar del brazo a una misa a una anciana extranjera ciega, por cuyo obsequio recibía tres cuartos; y era otro, algunas lecciones de leer y de escribir que daba a las Maritornes con pretensiones de ilustrarse, con lo que lograban leer novelas perversas, descuidar sus quehaceres y la aguja, y llevar calcetas con puntos.

—Mire usted, niña—solía decir don José a las talladas discípulas que hacían palotes—, ¿ve usted esas viguitas del

techo? Pues así deben ir, derechos y bien alineados.

Don José era feo—preciso es confesarlo, que amor no quita conocimiento—de un feo que llamaba la atención. Sus narices desmedidamente salientes y gruesas, necesitaban todo el extremado largor de la cara en que se ostentaban para vivir en paz con la boca y la frente, sus vecinas. No eran menos largas sus orejas, ni menos gruesos sus labios, siendo el inferior colgante y pendiente como pabelón. Sus ojos pequeños, cerrados en gruesos párpados, tenían una expresión bondadosa, a la par que atónita y curiosa; lo que era debido a su sordera, y eran cobijados por unas cejas tremendas, que formaban un entrecejo formidable, que hubiera sentado bien en un busto de Júpiter, pero que estaban en la cara de nuestro buen don José, completamente fuera de lugar, y podían competir con la carabina de Ambrosio.



Era alto, y su cuerpo se había torcido de una manera lastimosa, teniendo un hombre muy alto y otro muy bajo, como si se esforzase en probar que nada hay igual en este mundo—que es lo que le hace original—nada... ni aun los hombros de un mismo sujeto.

Sin embargo, cuando por Semana Santa o el día de Corpus, vestía don José un «frac» negro, que estrenó a principios del siglo, y salía pavoneándose y arrastrando los pies, su mujer y su hermana le seguían con la vista al atravesar la Plaza de Armas, mirándose des-

pues con una sonrisa de satisfacción que parecía decir: «¡Que se presente otro!»

Doña Liberata tenía la misma fealdad que su hermano, en pequeño, así como la misma sordera; aunque como mujer, era menos torpe, y se enteraba más pronto de lo que deseaba saber o de lo que se le quería comunicar. Ligera, dispuesta, hacendosa, acudía a todo con paso menudo y precipitado, y ayudaba a los gastos costiendo ajeno. Nunca se había casado por no habersele presentado ocasión, ni haberla ella buscado jamás.

SEA USTED EL JUEZ L. A. Heine

A comic strip titled 'SEA USTED EL JUEZ' by L. A. Heine. The story is set in 1931 in Adams County, California, at the 'Bar U' ranch. It follows the return of John Archer, the ranch administrator, who has been away for 19 years. He is met by Claude Nagel, who has been running the ranch. The comic depicts a series of events: Archer's arrival, a confrontation with a man who claims to be his father, a shooting, and a court trial where Archer is found guilty of a crime. The comic is divided into several panels with dialogue and sound effects like 'BANG' and '¡TRAS!'.

EL AGENTE FERRER

por
DENNIS COLEBROOK

EL AGENTE FERRER FUÉ HERIDO POR LA ESPALDA POR EL AYUDANTE DE PARRÓN. LA ARANA, EL CONSOCIO DE PARRÓN QUE SE IBA A ROBAR LAS JOYAS REALES TAMBIÉN FUÉ HERIDO.



en la sociedad una posición más que subalterna, tanto por su clase, como por su pobreza, como por su desgraciado exterior, como por esas mismas virtudes, que desdeña el mundo, ese señorón que en nuestro globo se emancipa de su Criador, relegándole—¡y gracias!—a los templos y a los libros, no sin morfarse de los que sacan su santo nombre de la clausura de las obras toológicas, que no lee. Miran los hombres descreídos que a él pertenecen, estas virtudes de alto abajo, como miran los bullidores delfines y peces espadas que se agitan en la superficie del mar, a la perla, que tranquilla, yace en el firme fondo.

La índole bondadosa y la falta de hiel de don José eran tan conocidas en el pueblo, que para pintarla burlescamente, habían inventado sus paisanos, que necesitan poco para ejercitar su humor burlesco, el siguiente chascarrillo.

Contábase que don José entró un día en su casa cuando menos se le aguardaba y halló a un amante con su mujer. ¿Qué hace el ultrajado marido? Coge en los brazos a su rival, le lleva al fin del paseo de la Victoria, esto es, de extremo a extremo del pueblo; allí le deposita en el suelo, y le dice con voz severa: «¡Esto es por la primera vez! Pero le prevengo a usted, que si otra vez le encuentro con mi mujer, que como me llamo José, y como espero salvarme, le llevaré hasta allí», y le señaló un ventorrillo que se halla a un cuarto de legua. Don José, satisfecho con la reparación que había dado a su ultrajado honor, se volvió a su casa. Añadían que desde aquella época databa el desquiciamiento de los hombros del héroe de la aventura.

Para principal nuestra Relación desde el principio—como suele hacerse—es preciso retroceder al año 1823, en cuya época estaban el castillo y sus habitantes idénticos a como los volveremos a hallar después, y a como los hemos descrito. Hay personas que no tienen juventud, así como hay otras que son jóvenes toda su vida, no sólo en su sentir sino hasta en su físico; jóvenes arrugados, modernizados con modas de París, embalsamados con urgentes, encurtidos con esencias; a cuyos miembros no pesan, y a cuyas cabezas no sirven de lastre los años. Si a las primeras falta la fragancia de la primavera; a los segundos falta la madurez del otoño.

Como hemos dicho, el torreón del ángulo izquierdo servía de cocina a la familia del ex maestro de escuela. Una noche de dicho verano, estaba doña Liberata majando con el mayor ahinco, la miga, el ajo, la sal y el tomate para el gazpacho. Aunque no hubiese sido un poco sorda, la atención profunda que prestaba a su faena, y los vigorosos golpes que daba al mortero, habrían bastado para abstraerla completamente. ¡Cuál sería, pues, su asombro, cuando de repente y como llovido de la bóveda, se vió a un hombre enfrente de ella! Las cejas de doña Liberata—que como las de su hermano, tenían una aptitud particular para alzarse, formando un arco agudo—, arrastraron detrás de sí a los párpados, dejando sus ojitos negros desmesuradamente abiertos; su boca los imitó, y la mano del mortero quedó levantada inmóvil en la suya!

Un ladrón en aquel castillo—donde no había nada que robar—era un fenómeno más extraño y sobrenatural que hubiese podido serlo la aparición de un moro o de un romano.

Sin embargo, la persona aparecida no justificaba tanto espanto. Era un joven de unos veinte años; traía una chaqueta y un pantalón estafalarlo, y en la cabeza una gorra con visera, y ésta muy echada a la cara. Un tanto de barba juvenil, que no había sido afeitada en varios días, daba alguna sombra y algo de varonil a aquel rostro de colegial. De estatura mediana, tenía elegantes formas, y su flexible cuerpo parecía ha-

llarse poco a gusto en el traje que llevaba, en el cual se movía extraño e impaciente; como la serpiente que ansía por soltar y zafarse de su deslucida piel, cuando debajo tiene otra más adherente, más lucida y más nueva.

—Pe... ro... —articuló doña Liberata, que no pudo acabar de pronunciar el nombre de sus hermanos.

—Señora—dijo el aparecido—me vais a perder. Soy perseguido por fieros esbirros; he trepado por las grietas de este desmoronado muro con la intención de entrar por esa abierta ventana, y con la esperanza de hallar pechos nobles e independientes que amparasen una víctima del despotismo.

Doña Liberata, que era sorda, que era novicia en percances aventureros, y que a esto añadía el haber perdido la cabeza por el miedo, contestó temblando:

—Señor! ¡por la Virgen del Carmen! Somos unos pobres; a mi hermano le han cerrado la escuela; yo no he cobrado todavía la costura de esta semana. Nada tengo, sino mi rosario y mi caja de plata; si usted las quiere...

La pobre doña Liberata metió con dolor profundo su temblorosa mano en la faltriquera.

El aparecido, haciéndose cargo de la dificultad de oído de su interlocutora, se acercó a ella, y le dijo:

—Yo no soy ladrón.

—¿No?—contestó doña Liberata algo tranquilizada, y soltando con íntima satisfacción el rosario y la caja de plata que tenía asidas—. Pues entonces, ¿a qué se entra usted a deshoras por las ventanas?

—Porque un poder tiránico me persigue para prenderme—contestó con recia voz el desaparecido.

Las cejas de doña Liberata, que habían emprendido su descenso, se remontaron instantáneamente.

—¿Qué? ¿quieren prender a usted? ¡Ave María Urrisima!—exclamó angustiada—¡éste ha hecho una muerte!—añadió mentalmente—; si chisto me deja en el sitio. ¡Dios tenga misericordia de mí!

El desconocido conoció cuanto pasaba por la aterrada mente de su interlocutora, y se apresuró a decirle.

—No he cometido delito alguno; soy un prófugo político.

Esta voz culta que significa fugitivo, errante y que ha sido aplicada por la ley a que se sustrae al servicio de las armas, el pueblo la ha adoptado con la variante de «préfugo», y ha hecho de ella la denominación genérica y exclusiva de aquel que acude a la huida para escapar al sorteo. Bajo este concepto inspira siempre un «préfugo» interés y lástima.

—¿Un «préfugo»? ¡Pobrecito!—dijo la buena doña Liberata, volviendo sus cejas a ocupar su línea recta.—Vamos, esté usted sosegado—añadió con bondad—, que nosotros no le hemos de delatar. Pero voy a avisar a Escolástica y a Pepe, para que no se asusten.

Doña Liberata se fué, con los pasitos cortos y precipitados que le eran propios, dejando abierta la ventana por la que había entrado el fugitivo y la puerta por la que ella salió, con tanta confianza en el intruso, como terror le había inspirado al aparecerse.

Don José, que mediante a ser sordo, tenía algo de desconfiado y otro algo de gruñón (ambas cosas empero en dosis muy inofensivas), no estuvo tan propicio como su hermana para esconder a un fugitivo, ni para creer sobre su palabra, que lo fuese por huir de la quinta.

—¿Qué prófugo?...—gruñó con su gruesa y pastosa voz—; ¡si ahora no hay quinta! Ese es un prófugo, pero prófugo de presidio. Los tiempos están revueltos, y cuando esto sucede, hacen los tunan-

Doña Escolástica era algo gruesa, muy pastorona, sin hiel, como los palomos pisaverdes, que paseaban la Plaza de Armas; de un feo menos subido, pero de una insulsez más marcada que su cuñada.

Estas tres personas tan semejantes existían felices y bien avenidas, en medio de sus escaseces, no amargaban su pan con quejas, ni su vida con apuros, y nunca se vieron en la triste situación, a que gradualmente fueron descendiendo genios más alegres, ni índoles más apacibles; pues la alegría y apacibilidad las dan las conciencias limpias y la fe vis-

AGUILA AZUL

Por *Willis Rensie*

EL VIGÍA DEL BUQUE DE MANO MANCA AVISA QUE LOS HOMBRES DE AGUILA AZUL ABORDAN LA NAVE



¡PRONTO, SIGANME Y TOMEN SUS PUESTOS!



EN EL PUENTE DE PROA SE OYE LA ALARMA...

¡TODOS A CUBIERTA!

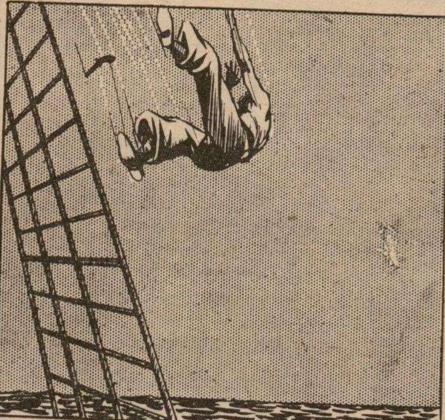


EL VIGÍA APUNTA SU PISTOLA...



PERO UN INDIO DISPARA CON SU RIFLE PRIMERO...

BANG



EN EL CAMAROTE DE MANO MANCA...



¡MIS HOMBRES TE VENCERÁN!

¡POR EL RUIDO QUE HACEN SE VE QUE ESTÁN APURADOS!

¡PUN!

¡PAM!

¡PUN!

¡PAM!



¡LOS PIRATAS DE MANO MANCA AUNQUE SON BUENOS PELEADORES, NO PUEDEN RESISTIR A LOS HOMBRES DE AGUILA AZUL!

LA HERIDA QUE MANO MANCA LE DIÓ A AGUILA AZUL A TRAICIÓN EMPIEZA A MANAR SANGRE PROFUSAMENTE.



EN VANO TRATA DE NO PERDER LOS SENTIDOS -- SE TAMBALEA Y CASI NO PUEDE SOSTENER LA ESPADA EN SUS MANOS.



¡AHORA ME VENGARÉ DE TI CON ESTE PUÑAL!



¡ALTO AHÍ! ¡QUIETO!

tes de las suyas. ¿Por qué le dejaste entrar?

—¿Acaso me pidió licencia?—contestó su hermana—. Pero mira, José, no tiene mala traza, y es casi un chiquillo.

—¡Chiquillo que de noche trepa por las paredes y allana las casas!... nada, nada; que se vaya... o voy a llamar a la guardia.

—Que se vaya por donde ha venido; no quiero líos con la justicia, ni dimes ni diretes con los franceses, aunque no sean estos los malvados de Napoleón.

—Pepe, no te conozco; ¡qué despiadado estás!—le dijo su hermana—; por los cantos descarnados ha podido subir, pero no se puede bajar por ellos.

Mientras que con su acostumbrada calma discutían don José y su hermana y su mujer el asunto, el fugitivo, cansado de esperar, había seguido el camino que vio tomar a doña Liberata, y se presentó de repente con mucha soltura a los ojos del trio.

Don José frunció sus cejas jupiterianas, y se levantó erguido, con su hombro izquierdo más remontado que nunca.

Pero el que se presentaba no era hombre a quien impusieran las cejas de don José, puesto que si la impavidez y el «sans fazon» francés se hubiesen unido, habrían engendrado al que se presentó a su vista. Habíase quitado el prófugo su feísima gorra, y levantado de sobre su frente, tersa y erguida, sus negros rizos; su boca sonreía, luciendo la bella dentadura que la adornaba y dirigiéndose a su huésped, dijo con gran frescura:

—¿Usted es don José? Qué-se-yo-qué hermano de esa señora Qué-se-yo-cuanto, a la que he dado, mal que me pese, un susto magno?

—Don José Mentor, servidor de usted—contestó doña Escolástica—no ha oído a usted porque es un poco tardío...

—¿Mentor?—exclamó, saltando una carcajada el aparecido—; por consiguiente, ustedes serán los Calippos de esta gruta, y yo vengo de molde para ser el Telémaco.

—¿Qué dice?—preguntó don José a su mujer.

—Que se llama Telémaco—contestó ésta.

—No digo eso—repuso alzando la voz, y redoblando sus carcajadas el aparecido—; me llamo Leopoldo Ardaz. ¡Ay!—añadió, golpeándose la frente—; lo primero que me encargó Ramón fué que ocultase mi nombre.

—No hay cuidado por eso—advirtió don José—que lo que a usted ni a nadie pueda perjudicar no saldrá nunca de nuestros labios. ¡Mas que fuese usted Barrabás en propia persona! Además... yo no lo he oído.

La hermana que se preciaba de oír mejor que su hermano, se acercó a su oído y le dijo sin gritar: «se llama don «Deopolvo» Ardaz».

El huésped volvió a empezar a reirse, y como la risa se pega, sobre todo entre gentes sin hiel, uno después de otro se pusieron todos a reir.

—Pero vamos al caso—dijo después de un rato don José—: aunque usted perdona ¿usted quién es, señor Ardaz? ¿Qué ha hecho, y por qué se esconde?

—¿Quién soy?—contestó éste—un hombre libre; ¿qué he hecho? ¿Defender la libertad! ¿Por qué me escondo? porque voy a los tiempos (y se puso a cantar) en que se sabían, cual salmonetes, la carne humana.

—¡Dios del cielo! ¡Un nacional de Madrid—exclamó asustado don José.

—¡Jesús una tragalista!—murmuró temblando doña Escolástica.

—Madre mía, un bullanguero—dijo con dolor doña Liberata.

—¿Y cómo—dijo Leopoldo que notó la

impresión que había causado su terminante declaración—conozco que deben ustedes estar en dudas sobre mi persona; pero voy a tranquilizar a ustedes. Dadme avíos de escribir; escribiré a quien salga responsable de mí, y llevaréis la carta, señor Mentor.

—¡Que lleve yo la carta a las diez de la noche, y quizás a los quintos infier-



nos! En eso estaba yo pensando—gruñía don José, mientras estaba escribiendo su huésped.

Después de cerrar la esquila, preguntó este a Don José:

—¿Usted conocerá al gobernador?

—Don Juan de Soto? ¡pues no le he de conocer!

—Id a su casa; preguntad por su ayudante Valverde, y entregadle en mano propia esta esquila.

—¡El ayudante del gobernador!—exclamó don José. Este se quiere perder, y nos va a comprometer, pensó apurado; y añadió con voz recia:—Señor, es tarde.

—No se hace, id.

—Es que el castillo está cerrado. —Haced que os abran.

—¡Cascabeles con el mocito este, y cómo sabe mandar! ¡Parece que en su vida ha hecho otra cosa!—gruñó don José.

—Pepe—le dijo su hermana—, complácele; se conoce que es persona fina.

—Lo mismo me da a mí, si es delincuente, que sea fino o que sea basto.

—Hombre, si se vale de tí, ¿le has de huir la cara?—le dijo su mujer—; haz lo que te dice, en caridad; que él sabrá lo que le conviene; ¡es tan bonito!

—¡Pues mire qué recomendación para un consejo de guerra!...—gruñó don José, y salió arrastrando los pies, precedido de su hermana, que iba alumbrando con el velón.

CATITULO III

Un servilón y un liberalito

Las plazas abundaban en legisladores de veinte años que encontraban a Cristo demasiado viejo, y que deseaban suplirle, abrogándose el cuidado de dirigir la humanidad.

Julio Sandeau.

No es el «tormento», sino la «causa», lo que constituye el martirio.

Santos Padres.

Apenas había transcurrido un cuarto de hora, cuando se oyeron pasos acelerados por la Plaza de Armas y entró la persona a quien iba dirigida la carta, que se precipitó hacia el recién venido, al que abrazó, exclamando:

—¡Leopoldo! ¡Leopoldo! ¡Tú aquí, tú, escondido! ¿Qué locura o qué desgracia es ésta?

Doña Escolástica y doña Liberata se retiraron consideradamente, y se fueron con una luz a aguardar a su Pepe en la escalera.

Cuando estuvieron solos, hizo Leopoldo la siguiente relación a su amigo:

—Habiéndose unido mi regimiento a las tropas del Rey, tres oficiales, que éramos exaltados, desertamos. Pudimos llegar a Gibraltar, donde nos recibieron los ingleses como héroes, y nos embarcamos disfrazados, llevando pasaportes con nombres supuestos, y con algunos pasajeros de pésimas trazas, en un queche con destino a Cádiz, pero apresados por una lancha cañonera, fuimos traídos aquí. Como esto sucedió anoche, pude esconderme entre los dobleces de una vela que estaba arrollada en el camarote. Los demás fueron desembarcados, y yo permanecí todo el día en mi escondite; pero llegada la noche, salí, y me di a conocer a los dos marineros que habían quedado guardando la embarcación. Estos me depositaron sigilosamente en tierra, y atravesaba la plaza de la Pescadería, cuando oí que desde la casilla del muelle me llamaban. Aunque era claro que esto sería para cerciorarse de que no llevaba contrabando, no creí prudente exponerme a ninguna clase de registro y proseguí mi camino.

Entonces oí que salían a alcanzarme, y para que no lograsen su intento, puse mis piernas a todo vapor. No sabiendo dónde refugiarme, presenté ante mí el torreón de ese castillo, con su abierta y alumbrada ventana que parecía decirme: «Pase usted adelante». Sabes desde el colegio que soy buen gimnasta; trepando por los intersticios de los descarnados cantos, subí a la ventana, por la que entré y me encontré frente a frente con una de las castellanas de ese castillo, a la que aparecí bajo la celada de mi yelmo (vulgo a la sombra de mi visera), algún Orlando furioso, o Barbarroja renegado... y... colorín colorado, cate usted mi cuando acabado.

—¿Y qué hacemos ahora?—exclamó Valverde apurado.

—Respirar para no ahogarnos—repuso Leopoldo— con su imperturbable calma—. ¿Tan imbuido y contaminado estás con las ideas y máximas tiránicas de los que te rodean en la actualidad, que te parece ver colgado sobre mi cabeza, a guisa de espada de Damocles, un nudo corredizo?

—Desertar de sus banderas, ser cogido disfrazado y con pasaporte falso, al ir a entrar en una plaza sitiada, con todo el carácter de un espía...—exclamó con dolor su amigo— ¡Y te muestras tan impasible y tan sobre tí!

—¿Y qué quieres que haga?—repuso Leopoldo— ¿qué me eche de cabeza en lo patético? No; lo patético me es antipático (¡qué lindo esdrújulo!). El hombre debe ser franco y verdadero; el hombre noble y liberal nunca sale de su carácter, y si me condenasen, me verías ir al patíbulo cantando.

Leopoldo, que no tenía muy bonita voz, se puso a cantar:

Se levante Merino mil veces se reúna la turba servil, me designen por víctima suya, me preparen mil muertes y mil...

—No temas a las mil muertes, ni a una tampoco—dijo sonriendo Valverde—, no se trata de eso. Se trata de que no se pueda sospechar en tí una acción vil; de que tu ilustre nombre no figure en los tribunales, y de que tu persona no sufra detenciones y disgustos. Debes, por ahora, quedar oculto.

—No tengo inconveniente, con tal que no sea por mucho tiempo—repuso Leopoldo—, porque este castillo, que chochea, y sus moradores que le imitan, son capaces de convertirme en idiota en poco tiempo. Y si en breve no me procuras los medios de salir de aquí por la puerta, me saldré por la ventana por la que he entrado, aunque al bajar me encuentre a la derecha con los bigotes negros de tu Pierabrás Soto, y a la izquierda con los rubios del duque de Angulema, esa sosa y ajada flor de lis.

—¡Cuánto confías—repuso Valverde— en tu buena estrella, en la amistad de tus amigos, y en la falta de tiranía de la causa a la que gratuitamente se la atribuyes! Pero, en fin, vuestra insolencia misma y vuestra osadía hace nuestro elogio. No volveré cuanto deseo, por no despertar sospechas; pero trabajaré por sacarte de aquí con seguridad y honor. Prométeme tener entretanto paciencia, y ser prudente.

—Procúrame ante todo mi equipaje, excelente Filades; porque la ropa que tengo puesta me pesa y agobia como la concha de una tortuga. Además quiero hacer la conquista de aquella torre matrona que se atreve a descolgar entre las demás, y ver por ese medio de infundirle algunas ideas liberales sobre la igualdad.

Valverde le prometió lo que le pedía, y se fué después de recomendar a sus huéspedes el sigilo.

Mientras la conversación de los dos amigos, habían las hermanas preparado lo mejor posible la piececita que les servía de comedor; habían pedido al capellán un catre de tijera y cubriértolo con ropas no finas, pero blanquíssimas y sahudas con alhucema, y habían aprestado, con huesos frescos y con el gazpacho tan bruscamente interrumpido en su confección, una frugal cena a su huésped, el que se la engulló con un apetito propio de los veinte años, reforzado por un día de ayuno; y durmió como un bienaventurado.

—Don Leopoldo—le dijo a la mañana siguiente doña Escolástica, que a fuer de mujer, era curiosa, y a fuer de buena, se interesaba por él— ¿tiene usted madre?

Este contestó: —Madre, padre, abuela, tías, tíos, her-

PRIMER BUQUE EN CRUZAR EL ATLANTICO. 1849

Los Conquistadores

Por LOUVRIEN GREGORY Y GLENN CHAFFIN

1 LOS AVENTUREROS LLEGARON A PORTLAND EN LA PRIMERA ETAPA DE SU VIAJE HACIA EL OESTE. VAN A BOSTON A TOMAR UN BUQUE.

2 "QUÉDENSE AQUÍ MIENTRAS AVERIGUO CÓMO SE LLEGA AL BUQUE" — DIJO HANK SLOCUM A SUS COMPAÑEROS. "MUY BIEN — LE CONTESTÓ HIRAM BEAN — PERO NO TARDES".

3 SALUDÓ AL PRIMER INDIVIDUO QUE ENCONTRÓ EN LA CALLE Y LE PREGUNTÓ DONDE QUEDABA EL EMBARCADERO. "VENGA — DIJO EL HOMBRE — QUE YO TAMBIÉN VOY PARA BOSTON".

4 "¿VA PARA WISCONSIN? — LE PREGUNTÓ A SLOCUM. "NO, VAMOS PARA CALIFORNIA EN BUSCA DE ORO", — CONTESTÓ HANK. EL DESCONOCIDO SE QUEDÓ ASOMBRADO.

5 "¡TENEMOS LO SUFICIENTE PARA LLEGAR A DONDE VAMOS!", AÑADIÓ HANK, SIN SOSPECHAR NADA, PORQUE CREÍA QUE TODOS LOS HOMBRES ERAN HONRADOS COMO ÉL.

6 CUANDO LLEGARON A DONDE AGUARDABAN LOS COMPAÑEROS SLOCUM LES PRESENTÓ A SU NUEVO AMIGO ARTHUR RAMSAY, QUE HABÍA DECIDIDO ACOMPAÑARLOS PARTE DEL VIAJE.

7 DIRIGIDOS POR HANK, QUE ERA EL JEFE RECONOCIDO DE LA EXPEDICIÓN, LOS AVENTUREROS EMPEZARON A CAMINAR EN DIRECCIÓN AL EMBARCADERO PARA TOMAR EL BUQUE.

8 "CUANDO LLEGUEMOS A BOSTON — LES DIJO RAMSAY A LOS NIÑOS — LOS LLEVARÉ A PASAR POR LA CIUDAD SI SUS MAMITAS LES DAN PERMISO, PARA QUE VEAN MARAVILLAS".

9 LOS CHIQUILLOS, QUE SIEMPRE HABÍAN VIVIDO EN LA MONTAÑA, QUEDARON ENCANTADOS CON LAS DESCRIPCIONES QUE RAMSAY LES HACÍA DE LA CIUDAD DE BOSTON.

10 "¡MAMITA, — DIJO LA PEQUEÑA SUSANA — DÉJAME QUEDARME AQUÍ CON FRANK VIENDO LAS EMBARCACIONES!". "SÍ, — CONTESTÓ LA MADRE — PERO TENGAN CUIDADO".

11 LOS EXPEDICIONARIOS SE SENTÍAN APEMABUNDADOS AL ABANDONAR SU TIERRA, PERO LES ACOMPAÑABA LA ILUSIÓN DE QUE PRONTO VERÍAN COLMADAS SUS ASPIRACIONES.

12 AQUELLA NOCHE, LA ESPOSA DE HANK SLOCUM ESTABA REPRENDIENDO A ÉSTE POR HABER TRAÍDO A RAMSAY, QUE ERA UN DESCONOCIDO Y PODÍA SER UN MAL INTENCIONADO.



La Hildegarde en traje televisonista; abajo, luciendo su sombrero achisterado

La Dama Chic

Por Isabel Taves
Que Proclama a la Hildegarde de Arbitra de la Elegancia.
Bosquejos de Louise



Nueva York.

NOCHES atrás asistimos a un estreno de un programa de radio, y después de la función nos fuimos a una reunión de periodistas a pasar unos ratos agradables de charla y murmuración. Por divertimos a costilla de los artistas, nos dedicamos a formar una redacción de periódico nombrando a cada estrella de la radio para un puesto apropiado. El cargo de cronista de modas se lo concedimos, por unanimidad, a la Hildegarde. Ahora que estamos en plena temporada de elegancias, nada más indicado que fijar nuestra atención en la Hildegarde, suprema cantante de la National Broadcasting Company y figura central de los experimentos televisonistas que esta empresa está realizando actualmente con notable éxito y que pronto darán su fruto científico a la humanidad.

Esta mujer no solamente viste con emoción y palpa al ritmo de la indumentaria que lleva, sino que también es una conocedora profunda del arte de la elegancia. Su bello cuerpo y su radiante rostro son una fuente de inspiración inagotable para los diseñadores. La noche que se la presentaron al maestro S. Murray Lange, que diseña hoy todas sus prendas de vestir, este famoso modisto quedó tan encantado que estuvieron hablando de trapos hasta las cuatro de la madrugada. Cuando la Hildegarde firma un contrato para cantar en cualquier sitio público lo primero que calcula es el gasto que tendrá que hacer para presentarse ante el soberano con todo el resplandor dramático a que se ha acostumbrado en su carrera.

HACE pocas semanas fui a visitarla en compañía de Betty Goodwin, directora de modas de la National Broadcasting Company. Había pasado bastante tiempo desde que la ví la última vez y, francamente, estaba intrigadísima con los informes que Betty me había dado acerca del guardarropa de la primorosa diva.

Apenas llegamos estábamos sentadas en los cubrecamas de seda color melocotón de la alcoba, mientras la Hildegarde iba sacando preciosidades del ropero. Este año las prendas han sido confeccionadas, como dije antes, por Murray-Lange, que le ha diseñado atavíos a árbitros del buen vestir como Constance Bennett y Ann Harding.

La teoría de Murray-Lange, que comparte también su exigente parroquiana, es que los vestidos deben fijar la atención de la gente en la personalidad de la mujer que los usa. Esto mismo es lo que piensa el Capitán Molineux, de París. Para estos peritos, la ropa ultralujosa no es tan interesante como los vestidos diseñados al propósito de realzar la silueta y la expresión de una mujer.

Ejemplo magnífico de esto lo tenemos en el vestido de crepé blanco que se ve a la derecha, lleno de insinuaciones, pero lo suficientemente discreto para no escandalizar a nadie. Es un modelo bastante descaudado al frente y que se caracteriza por las líneas acentuadas de la silueta. Tiene mangas cortas y aunque el diseño está moldeado sobre el cuerpo a perfección, la pureza blanca del material da una impresión de inocente que solamente se desvanece al caminar la Hildegarde y dejar ver sus hermosas piernas por entre la abertura del frente de la falda, desde las rodillas. A ésto, agréguese la nota original del ancho cinturón de cuero dorado y las flores de cuero dorado que ella se pone en el cabello y hay que convenir en que la figura es imponentemente exquisita.

LA DELICIA de un vestido como este, bien en blanco o en cualquier color fácil de combinar, como el amarillo pálido, el azul de jacinto o el verdeagua, es que se puede llevar con una diversidad de accesorios que le dan un aspecto cambiado.

La Hildegarde nos mostró otro vestido para de noche, confeccionado de material estampado, que usa con cinturón de suede verde y flores verdes en la cabeza. Este traje tiene una cola abierta en dos y ella se la recoge en ambos brazos mientras baila. Aprovechamos para llamar la atención de las lectoras hacia el hecho de que esta árbitra de la elegancia siempre ha sido partidaria de los adornos en la cabeza.

Podríamos escribir extensamente sobre la infinidad de modelos de todas clases que figuran en el guardarropa de nuestra amiga, pero queremos destinar el espacio que nos queda disponible a la descripción de uno de los vestidos más significativos que hemos visto en la presente temporada y a mencionar de paso dos o tres modelos de tweed que también se destacan admirablemente del conjunto.

El vestido excepcional a que nos referimos es uno de satén negro, pero de ese satén brillante que resplandece como la piel de una foca. Murray-Lange ha diseñado este modelo en una silueta lo bastante ceñida para revelar las curvas ondulantes del divino cuerpo. En el corpiño lleva una gran flor de cuero blanco salpicada de rojo, y en la cabeza otra flor similar. La Hildegarde dice que cuando se pone este traje se siente surrealista y tiene que aplicarse más maquillaje que de costumbre. De-



El imponente vestido de crepé blanco de la Hildegarde, adornado con cinturón y flores de cuero blanco.

bajo de todos sus vestidos usa un ceñidor de caucho perforado hecho expresamente en París.

Uno de los vestidos favoritos de la cantante es un modelo inglés de lana amarilla con chaquetilla bolero de lana rayada y puños de este mismo material. Tiene además un traje de tres piezas, de tweed, que ha causado gran revuelo últimamente. La falda es ceñidísima y corta, de color azul, y la acompaña de un sweater de casimir amarillo o marrón.

ENCIMA de esto va una chaquetilla breve de lana rayada, con las rayas en marrón y amarillo y el fondo azul, y finalmente un chaquetón de tres cuartos de largo, de género a cuadros, muy amplio y flúido, en colores que armonizan con los de la chaquetilla. El efecto de este conjunto es, sencillamente, avasallador.

La personalidad auténtica de la Hildegarde es algo que no se puede definir con palabras. Hay que mirarla cómo camina y contemplar los ritmos de sus brazos y su cuerpo. Hay que comprender la finesse versallesca de su silueta de líneas firmes y armoniosas. Hay que verla luciendo ese sombrero achisterado que usa con sus trajes sastrer. Es realmente un bombo alto, atado a la barbilla con tiras y adornado con un voluminoso velo alechugado. Ella lo usa para trajes sin complicaciones, y jamás se lo pone con vestidos de crepé o de satén.

Porque la síntesis de su gusto en materia de vestir, y de su genio para adornar la personalidad, la encontramos en una frase: "La Dama Chic".

EN MARCHA HACIA EL OESTE



He aquí algunas de las damas hollywoodenses que se disponen a vestir los trajes persuasivos y descotados del siglo del oro para lanzarse a la conquista del Oeste. Arriba, Virginia Bruce, heroína de la leyenda del malvado de Brimstone filmada por la Metro; derecha, Olivia de Havilland y George Brent, quienes encabezan el reparto de la cinta Warner "El Derecho a la Vida", producción en colores en la que también toma parte la actriz Margaret Lindsay (abajo).



COMO en la época del oro, hace noventa años, los artistas de Hollywood se dirigen en interminable caravana hacia las tierras desconocidas del lejano oeste. La jornada es meramente imaginativa: una cuestión de cambio en la escenografía de las películas. Individuos toscos y resueltos que se lanzan a la aventura en busca de riquezas fabulosas; mujeres audaces que lucen vestidos espléndidamente descotados, a la usanza del 1848, y que introducen la complicación del amor en las más arriesgadas proezas.

Hace cuatro años empezó esta revolución en el cine. Los públicos estaban cansados del galán amañado que le hacía la corte a la doncella en los sitios más propicios al sentimentalismo, idilios de jardín y de boudoir cuyo modelo refinado era la patética trama de Armando y Margarita Gautier.

Dos obras vigorosas y definitivamente radicales alteraron la fisonomía de este género cursi y alambicado de películas: El Motín del Bounty y Almas en el Mar, y a los tres actores que figuraron prominentemente en estos repartos, Clark Gable, Gary Cooper y George Raft, hay que reconocerlos que fueron los primeros en darle una coza al ideal del "niño lindo" que hasta entonces había predominado en el lienzo.

DESPUES de la cinta Almas en el Mar, la Paramount nos ha dado en el 1937 su obra maestra del año con la producción de la película Una Nación en Marcha. Difícil ha de serle a los directores de la Metro superar este grandioso drama épico de los pioneros norteamericanos en la leyenda del malvado de Brimstone que acaba de filmar ahora, o a los estudios Warner en su anunciada dramatización de Kit Carson. La Warner acaba de darle los toques finales a una película titulada El Derecho a la Vida, y la Metro se propone presentar a Jeanette MacDonald en una opereta de vaqueros con nombre de Muchacha del Dorado Oeste.

En los últimos dieciocho meses la vieja escuela melodramática sufrió un golpe terrible, a pesar de haber dado joyas como La Verdad Amarga, Sucedió Una Noche y Confesión. Estas cintas obtuvieron éxitos de taquilla extraordinarios, pero en total la producción de temas excepcionales no pasó de cinco o seis. En cambio, la película El Llanero, que es un drama de la conquista de la tierra, llenó de dinero a los exhibidores y le pagó con creces su cuantiosa inversión a los empresarios de la Paramount, con lo que las demás compañías han decidido levantar su campamento en el desierto y preparar las armas y los caballos para repeler el ataque de los indios.



ROD RIAN DE LA POLICÍA INTERPLANETARIA PAUL H JEPSON



Myra la Intrepida



SECUESTRADOS POR LOS SUBALTERNOS DE LING SIN, LA MUJER QUE ASPIRA A CONVERTIRSE EN REINA DEL UNIVERSO, MYRA LA INTREPIDA Y JACK SE ENCUENTRAN EN UN PALACIO LLENO DE MARAVILLAS.

MING SIN, LOS CONDUCE A TRAVÉS DE LAS SECCIONES DEL PALACIO PARA MOSTRARLES COSAS EXTRAORDINARIAS.

¡ESTO ES MONSTRUOSO, LING SIN! ¡NO PUEDE CONTINUAR HACIENDO PLANES PARA PROPAGAR PLAGAS TERRIBLES CON MICROBIOS!

¡NADA ES TAN MONSTRUOSO COMO LOS GASES Y EXPLOSIVOS QUE SE USAN EN LAS GUERRAS MODERNAS!

¡LA PLAGA "X" SE PROPAGARÁ LENTAMENTE SOBRE VASTAS REGIONES DE LA TIERRA, Y POR MEDIO DE ESTE APARATO PUEDO DETERMINAR EL EFECTO DE LOS MICROBIOS SEGÚN ME PLAZCA!

QUIZÁS LOS ESTOY ABURRIENDO DEMASIADO. ¡TOMEN ESTAS TABLETAS VIGORIZANTES, QUE EQUIVALEN A OCHO HORAS DE SUEÑO!

¡CARAMBA, DE VERAS HACEN UN MAGNÍFICO EFECTO! ¡ME SIENTO COMO SI ME ACABARA DE LEVANTAR!

¡ES MARAVILLOSO! ¡NO COMPRENDO ESTO!

PRONTO SE CONVERTIRÁN DE QUE EL MUNDO GOBERNADO POR LING SIN SERÁ MUCHO MEJOR QUE LO QUE ES EN ACTUALIDAD. VOY A RECIBIR LOS INFORMES DE MIS AGENTES!

POCO DESPUÉS LING SIN LLAMA DESDE SU OFICINA AL DR. WU, SU AYUDANTE PRINCIPAL

DOCTOR, AHORA PODEMOS ENSAYAR NUESTRO RECEPTOR TELEPÁTICO CON NUESTROS HUÉSPEDES...

¡TODO ESTÁ LISTO, SU ALTEZA! SINTONIZARÉ LAS ONDAS DEL PENSAMIENTO DE ELLOS Y EN SEGUIDA VEREMOS EL RESULTADO EN LA PLACA SENSITIVA!

MIENTRAS TANTO, MYRA Y JACK ESTÁN TURBADOS Y NO SABEN QUE HACER.

¡JACK, TENEMOS QUE SALIR DE AQUÍ!

¡SI HAY POR DONDE SALIR, LO AVERIGUAREMOS!

¡AHÍ VEO UN GLOBO ROJO QUE TAL VEZ ES UNA SALIDA SECRETA!

¡LEA SUS PENSAMIENTOS, SU ALTEZA!

¡TONTOS! ¡LA PRESIÓN DEL TUBO DE LA SALIDA DE EMERGENCIA ES SUFICIENTE PARA MATARLOS!

¡ESTO ES UNA PUERTA, MYRA! ¡PARECE UN TUBO DE SUCCIÓN!

¡NO IMPORTA, JACK! ¡ABRE!

VEAMOS

Edison Press Service, Inc. 280 E. 42nd St., New York



Myra Loy, encanto de millones de admiradores, gozando de las delicias del mar en la playa de Malibu, en la costa del Pacífico.

Mujer IDILICA

Por Ada María Duque

La Myra Loy Que Adoramos Hoy en el Lienzo se Diferencia de las Sirenas del Cine Mudo Que Nos Embelesaban con sus Audaces Vampirismos. Esta Mujer Idilica Ocupa Ahora el Puesto Clásico de Mary Pickford.

Myra Loy en una escena de la cinta "A Prueba de Hombres", en la que aparece con Franchot Tone y Rosalind Russell. También está filmando la cinta "Piloto de Pruebas" con Clark Gable y Spencer Tracy, para la Metro.

CONVENCIDOS de que el público ci-

nemático ambiciona profundamente tener ídolos que adora, los magnates de la industria del celuloide hace tiempo vienen pensando en la necesidad de una artista que desempeñe a entera satisfacción el papel de "novia" mimada que antes, en la época en que el cine estaba en pañales, hiciera con tan notable éxito la dulce y angelical Mary Pickford. Son estas dos ilusiones que los productores acarician desde hace muchos años: una, encontrar una muchacha que sustituya en el corazón humano a la Pickford, y otra, descubrir a un galán que pueda provocar entre las mujeres las mismas intensas emociones románticas que provocaba la personalidad de Rodolfo Valentino.

Naturalmente, existen estrellas cinematográficas muy emocionantes, pero todavía no ha aparecido ninguna que pueda equipararse a aquellas dos figuras, a las que nos atreveríamos calificar de únicas. Lo que más se ha aproximado a Mary Pickford desde que esta muchacha se retiró del cine es la chiquilla Shirley Temple. Se parece a la almirada Mary en los rizos y en las ingenuidades, y muchos la consideramos como una especie de novia en miniatura, pero únicamente en miniatura.

ENTRÉ las artis-

tas de la pantalla que tal vez podrían compararse a Mary Pickford y a Shirley Temple, quizás es Myra Loy la que más se asemeja a una y otra. Myra se parece a las dos en la misma medida que Clark Gable se parece a Robert Taylor y a Freddie Bartholomew. Hay en ambos grupos de artistas numerosos puntos de contacto, y sin embargo, también hay una sutil pero importante diferencia.

Esto no impide a los agentes de publicidad de los estudios Metro afirmar públicamente que Myra Loy es en la actualidad el tipo representativo de la "novia" del público cinematográfico. Aunque estos agentes de prensa de Hollywood vuelven la cabeza a cualquiera, por lo que a mí respecta acepto sin reservas mentales la categoría que ellos le han dado a Myra.

De que no estamos muy alejados de la verdad da cuenta el hecho de haber triunfado esta exquisita mujer en dos escrutinios recientemente realizados en los Estados Unidos para determinar la simpatía de que gozan las estrellas. Estos escrutinios prueban palpablemente que la popularidad de Miss Loy no fluctúa de acuerdo con las películas en que toma parte. En la votación que siguió a la cinta *Por Su Patria y Por Su Dama*, que resultó un espectáculo lamentablemente aburrido, obtuvo la misma aceptación que en el escrutinio verificado a raíz de la exhibición de la película *Dobles Bodas*, que agradó a una parte del público y dejó bastante que desear desde otros puntos de vista.

Semanas atrás estuve en los estudios Metro y fui a saludarla mientras filmaba escenas de la cinta *Piloto de Pruebas*, en la que aparecerá junto con Clark

Gable y Spencer Tracy. Me confesó sinceramente que no estaba satisfecha de las dos cintas anteriormente citadas y que hubo que hacerlas por razones de conveniencia. Después conversamos extensamente, pues me interesaba conocer más a fondo la personalidad de la supesta "novia" de los amantes del cine.

MISS LOY es una de

las pocas actrices del lienzo que nunca se ha visto envuelta en rumores escandalosos. Antes de contraer matrimonio con el productor Arthur Hornblow, logró escapar de las murmuraciones románticas que con frecuencia se tejen en torno a las estrellas de fama. Desde que se casó, nadie se ha atrevido a conjeturar hasta cuándo durará la felicidad conyugal en que se desenvuelve su vida. Y es innegable que su personalidad es motivo de admiración para millones de mujeres y de hombres en todas partes del mundo.

Esta idílica admiración de los fanáticos se diferencia de la que le profesaba el público a las estrellas predilectas de la época del cine mudo en que Miss Loy es una "novia" moderna y desprovista de las poses almiradas que caracterizaban a aquellas. Difícilmente podría Mary Pickford hacer hoy las cosas que se le permitían hace 20 años. El público ha cambiado mucho en materia de gustos y acaso por ello le ha tomado un afecto tan hondo a Myra Loy.

A juzgar por la labor que ha realizado hasta la fecha, esta muchacha reúne, aparte de los atributos esenciales de la belleza fresca y perfumada, numerosas cualidades de talento y expresión que la hacen irresistible. Véase cualquiera de las películas en que trabaja y se llegará a la conclusión de que basta con su presencia y su actuación para darle mérito a la obra.

Decimos esto y lo vamos a repetir aduciendo otras razones de peso. En primer término, tiene los ojos verdes y posee una de las voces más emocionantes de la pantalla. En otra época estas características hubieran impedido su progreso, porque entonces el cine era mudo y lo que se pedía eran mujeres de género vampíresco. Hoy no; la voz es un elemento importantísimo en la determinación de la personalidad dramática, y los ojos, esos ojos raros de Myra, son algo que refleja el sentimiento noble y avasallador de una de las artistas más humanas que hemos conocido.

Desde luego que otras artistas de Hollywood poseen cualidades humanas que el público estima por sobre todas las demás cosas. Joan Crawford es, a nuestro modo de ver, una Cenicienta fascinadora; la Lombard, una personificación modernísima de lo pícaro; la Dietrich, el símbolo majestuoso de una ilusión que jamás ha de realizarse.

Pero Myra Loy es la que más hace vibrar nuestras íntimas cuerdas humanas. Por eso la adoramos de una manera tan amplia. En su sonrisa creemos ver la cristalización de ensueños divinos; en sus lágrimas, la tristeza de nuestras desilusiones; en su alegría, el desbordamiento de nuestro corazón lleno de dicha.





Luego descubrí para mi dicha que podía ponerme lo que quisiera y vivir con entera libertad. ¡Eso es positivamente encantador!

Vive en una finca de 180 cuerdas en el Valle de San Fernando, que compró tan pronto estuvo segura de que podía establecer su residencia donde le plazca. Posee la cantidad de ganado que puede ser cuidado en sus terrenos, pero está haciendo gestiones para comprar más pastos y dedicarlos a la crianza.

Le agrada montar a caballo y según cuentan siempre hay un ejemplar ensillado a la puerta del corral para cuando a ella le venga en ganas irse de paseo. Miss Deste concede que es verdad lo del caballo, y que el responsable de esta costumbre es el mayordomo de la finca, a quien llama Precious.

Aparte del ganado, posee tres perros loberos que trajo de Europa. Como no le permiten llevarlos al estudio (y esta es una de las cosas en que no pueden complacerla) ha adquirido un gatito que coloca todos los días en la canasta que la sirvienta le prepara con sus efectos de maquillaje, alimentos para el almuerzo y otras chucherías que necesita para su trabajo.

—Muchas veces tengo deseos de estar haciendo algo—explica—mientras me toca salir a escena. Como no me da el tiempo para leer largo rato, me divierto jugando con el gatito.

El gatito es una monería, muy sedoso y con el hocico color de rosa. A propósito del tema de los felinos me dice conserjada:

—¡Hoy ha sido un día terrible para mí! Esta mañana cuando venía para el estudio encontramos un gato muerto en la carretera. Siempre que veo un animal muerto, las cosas me salen mal. No es superstición, sino que sucede por una extraña coincidencia.

SI FUERA supersticiosa eso le pondría impedimentos en su carrera, de modo que pone de su parte

para no dejarse dominar por estos accidentes.

Miss Deste llegó a Hollywood hace un año, anunciada como una sirena sensacional, descubierta en Europa por el productor B. P. Schulberg. En la fecha en que iba a embarcar para Estados Unidos en Inglaterra, su ex marido, el Barón Godfried Hohenberg, pereció en un accidente de aeroplano. Aunque hacía tiempo que se habían divorciado, ella decidió esperar hasta después de los funerales.

Una vez que llegó a Hollywood empezaron a surgir dificultades con el contrato que le firmó Schulberg, y la controversia terminó con la cancelación del documento. Comúnmente, cuando a una estrella forastera le sucede eso, tiene que devolverse a su país y renunciar a la carrera cinematográfica. Pero Luli Deste tiene temple de luchadora y resolvió permanecer en Hollywood y gestionar otro contrato, que consiguió con los estudios Columbia. Esta productora la puso a trabajar en el género de la comedia y ella aceptó gustosa, a pesar de preferir los papeles estrictamente dramáticos.

LULI DEST es hija del Barón Bodenhausen, de Viena, y fué educada como una dama y no para seguir la carrera de actriz. Domina varios idiomas, entre ellos el inglés, el francés, el alemán y el italiano.

Al casarse con el Barón Hohenberg a la edad de 17 años logró realizar sus ambiciones teatrales, pues su marido no se oponía a tales deseos. Estudió baile en Dresden, trabajó como sobresaliente de la actriz Elisabeth Bergner y tomó parte en varias obras dramáticas en Salzburg, Viena y Londres. Hizo poco más de un año que se inició en la carrera cinematográfica en Alemania.

Su inmediato programa de trabajo le permitirá demostrar que, como en otros casos semejantes, el estudio que rescindió la opción a sus servicios se dolerá en el futuro de no haberla sabido apreciar debidamente.



Miss Deste trajo consigo tres perros loberos procedentes de Viena.

Luli Deste, dos veces baronesa, por descendencia y por nexos matrimoniales, es una de las sirenas europeas que pronto aparecerá en el lienzo con John Boles, bajo los auspicios de la productora Columbia. Le gusta vivir en Hollywood y posee una finca y ganadería en el Valle de San Fernando. Habla cuatro idiomas.

SIRENA VIENESA

Hollywood.

ESTA capital tiene abundancia de

vienesas, algunas de ellas de la más rancia nobleza; otras de la primera nobleza del arte, que en Viena se ha cultivado siempre como una especie de religión entre las clases ricas e intelectuales.

En los estudios Columbia se terminó de filmar recientemente una cinta titulada *Se Casó Con Un Artista* en la que las estrellas principales son la vienesa Luli Deste y el cantante John Boles. En una de las escenas que vi el día que visité los sets, John Boles y Miss Deste aparecían sentados en un automóvil, hablando de la necesidad de llegar temprano a determinado sitio. A la heroína no le agradaba mucho la idea de la prisa, posiblemente porque estaba al lado de Boles, o tal vez porque así lo ordenaba el libreto, y porque además el calor insuportable de los potentes reflectores Kleig es algo que desespera.

La escena fué demorada porque había necesidad de crear los efectos de la brisa para indicar que el automóvil iba corriendo velozmente. Un empleado trató de echarle fresco a la actriz con un gran abanico, pero otro compañero lo interrumpió para informarle que el gremio obrero a que pertenecía no le permitía hacer tal cosa. Echar aire con un abanico es un "efecto especial" y en el cine los efectos especiales tienen que ser hechos por individuos que pertenez-

cán al gremio obrero correspondiente. Hubo, pues, que suspender la filmación mientras llegaba otro individuo debidamente autorizado para echar fresco por medio de un abanico eléctrico.

CUMPLIDOS los re-

quisitos del sindicalismo gremial, Boles y Miss Deste hicieron la escena a satisfacción del director. La vienesa descendió del automóvil y vino a saludarme:

—¡Ah, conque vino de nuevo como había ofrecido! Yo nunca le creo a los periodistas lo que dicen. Uno me ofreció en cierta ocasión venir a buscarme para llevarme a cazar leones y no le he vuelto a ver la cara.

—¡Será que lo habrán devorado las fieras!—le contesté, preocupado por la suerte del colega.

Luli Deste es una de estas chicas a quienes les gustaría ir a cazar leones a la selva. Es un tipo fascinador, pero sin aspavientos lánguidos. La fascinación está en sus atractivos, que son muchos y muy naturales, y que a nuestro juicio le permitirían hacer magistralmente un papel semejante al que desempeñó Claudette Colbert en la película *Sucedió Una Noche*.

—¡Una, de las razones—dice—por las cuales me gusta California es que aquí una puede ser una misma! Cuando llegué de Inglaterra traía tanta ropa que me aterraba la idea de tener que estar siempre envuelta en vestidos fastuosos,

TRUCUTÚ

FRAGMENTOS DE LA HISTORIA HUMANA EL HOMBRE NEANDERTALIANO

ESTÁ HACIENDO UN VUELO DE EXPLORACIÓN EN BUSCA DE MÁS EJEMPLARES PARA EL PARQUE. ¡AHÍ VIENE!

¿DÓNDE ESTÁ NUESTRA AEROUIGANA? ¿SE LA HA LLEVADO FUGUCHÉ?

¡DON TRUCUTÚ, USTED Y FUGUCHÉ NOS HAN AYUDADO MUCHO PARA LEVANTAR EL PARQUE ZOOLOGICO!

PARQUE ZOOLOGICO DE SUZILANDIA BAJO LA DIRECCION DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE ANIMALES SALVAJES PANCACIA I PRESIDENTA

ANTES DE APARECER EL HOMBRE ACROMAÑON DE HACE VEINTE MIL AÑOS, EUROPA ESTABA HABITADA POR UN TIPO QUE LA CIENCIA LLAMÓ "HOMBRE NEANDERTALIANO" CUYOS RESTOS FUERON HALLADOS EN EL VALLE DEL NEANDER, EN ALEMANIA. DESDE 1858 HAN SIDO ENCONTRADOS VARIOS ESQUELETOS DE ESTE HOMBRE Y SUS HERRAMIENTAS SE HALLARON EN DIVERSOS PAISES DE EUROPA OCCIDENTAL. HACÍA UTENSILIOS BUENOS, CONOCÍA EL FUEGO, Y HAY INDICIOS DE QUE CREÍA EN LA INMORTALIDAD. (CONTINUARÁ)

¿CACHÓN, HAS VISTO MÁS ANIMALES FUGUCHÉ?

¡TE VAS A QUEDAR BOQUIABIERTO CUANDO TE DIGA LO QUE HE AVERIGUADO!

¡ESOS ANIMALOTES SON MUY RAROS! ¡TIENEN RABO POR DELANTE Y POR ATRÁS!

¿CACHÓN, ENTONCES VAMOS EN SEGUIDA A VERLOS, QUE QUIERO CONVENCERME!

¡YO TAMBIÉN VOY!

¿QUÉ CREES DE LLEVAR LAS RUEDAS POR SI ACASO LAS NECESITAMOS?

¡MUCHACHOS SAQUEN ESAS RUEDAS DE LA JAULA PARA LLEVARNOSLAS!

ESTAMOS GUBIENDO A LA MONTAÑA.

NO CREO QUE LA DINOSAURA PUEDA CONTINUAR POR ESTE TERRENO, Y ME HUELO QUE PRONTO LLEGAREMOS.

¡SIGAMOS A PIE PARA QUE LA MENA NO SE CANSE!

¿CACHÓN PERO QUE FRÍO HACE!

¡DEMONSTRÉS QUE ES ESO QUE VIENE AHÍ!

¡AY, MI MADRE!

¡ESTO ES INCREÍBLE!

¡MAÑANA HABLAREMOS DE ESO! ¡LO IMPORTANTE AHORA ES CORRER!

¡JEY!

¿QUÉ LES PASA, LE VAN A COGER MIEDO A ESTOS PAQUIDERMOS? ¿NO QUIEREN DAR UN PASEITO?

¿UN PASEO EN ESO?

¿CÓMO NOS VAMOS A SUBIR AHÍ?

¡JIYAH!

¡KING-KONG JIYAH!

Editor: Frank Service, Inc. 240 E. 42nd St., New York.

LA GUERRA DE LOS ESPÍAS — PETER B. KYNE



LA PUNTERÍA DEL SUBMARINO ALEMÁN RESULTÓ PERFECTA Y DIÓ EN LA MISMA PROA DEL COSTA RICA. LA EXPLOSIÓN QUE SIGUIÓ FUE TERRIBLE Y DEJÓ ESTUPEFACTOS A LOS QUE ESTABAN EN EL PUENTE.



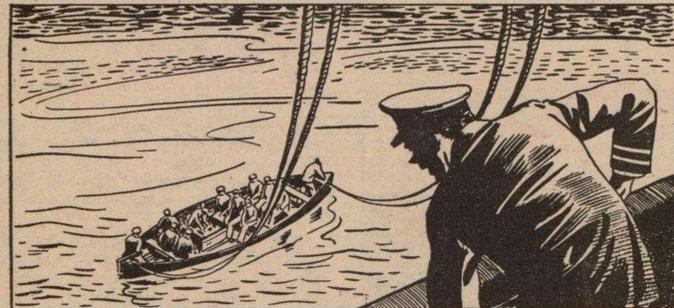
CUANDO EL CAPITÁN RICKS PUDO DARSE CUENTA DE LO SUCEDIDO, ESTABA TENDIDO EN EL PISO, BOCA ARRIBA. EL COSTA RICA SE SACUDIÓ VIOLENTAMENTE Y RICKS TRATABA DE PROTEGERSE.



VOLVIÓ A PERDER EL CONOCIMIENTO Y POCO DESPUÉS SE SINTIÓ COMO MECIDO EN LOS BRAZOS DE ALGUIEN. ERA TERENCIO REARDON QUE LO LLEVABA HACIA EL BOTE SALVAVIDAS EQUIPADO CON MOTOR.



"¡TOMA AL CAPITÁN!" — LE GRITÓ TERENCIO A UN AYUDANTE NEGRO QUE RECIBIÓ EN SUS BRAZOS A RICKS Y LO COLOCÓ SOBRE UNAS MANTAS QUE YA ESTABAN PREPARADAS PARA UN CASO SEMEJANTE.



RICKS EMPEZABA A VOLVEREN SÍ Y MOTÓ QUE EL NEGRO LE ESTABA PRESTANDO SUS MEJORES CUIDADOS Y RODEÁNDOLO DE COMODIDADES. EL BOTE FUE BAJADO Y PRONTO ESTABA FLOTANDO EN EL AGUA. EL CAPITÁN SE SACUDIÓ Y ABRIÓ

LOS OJOS PARA CERCIONARSE DE QUE ESTABA VIVO. DE REPENTE, OBSERVÓ EN LA CUBIERTA A MIKE MURPHY, QUE LO MIRABA ANSIOSAMENTE COMO ATERRORIZADO. RICKS SINTIÓ ALGO ATASCÁRSELE EN LA GARGANTA.



"¡NO TE APURES, MIKE! ESTOY YA BIEN DEL SACUDIMIENTO. ¡RECUERDALO QUE TE HE DICHO Y A LA TRIPULACIÓN QUE OBEDEZCA, VERÁS COMO ESTOS ALEMANES SE OFUSCAN Y CAEN FÁCILMENTE EN LA TRAMPA!"



CONFIADO, MURPHY LE HIZO UNA SEÑAL DE ABSOLUTA OBEEDIENCIA Y CORRIÓ A ESCONDERSE CON SUS HOMBRES EN UN COMPARTIMIENTO, EN ESPERA DE LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD PARA ATACAR AL SUBMARINO ENEMIGO.



MIENTRAS MURPHY Y LOS TRIPULANTES QUE MANIPULABAN EL CAÑÓN SE ESCONDÍAN CERCA DE LA POPA, FUERON BAJADOS LOS BOTES SALVAVIDAS. SOLTARON LAS AMARRAS Y BEHICIERON A LA MARGANOS Y SALVOS, MIENTRAS

TRAS EL COSTA RICA SE HUNDÍA LENTAMENTE. EL COMANDANTE DEL SUBMARINO OBSERVÓ TODAS LAS MANIOBRAS DE LA TRIPULACIÓN Y COMPRENDIÓ QUE ESTABAN DECIDIDOS A ABANDONAR EL BUQUE AVERIADO.



EL COSTA RICA SE IBA A PIQUE POCO A POCO. EL CAPITÁN RICKS, YA RECUPERADO EL ÁNIMO, SE DEDICÓ A CONTEMPLAR EL DESASTRE Y DEJÓ ESCAPAR UNA SONRISA AL VER AL VIEJO BUQUE ZOZOBRANDO.



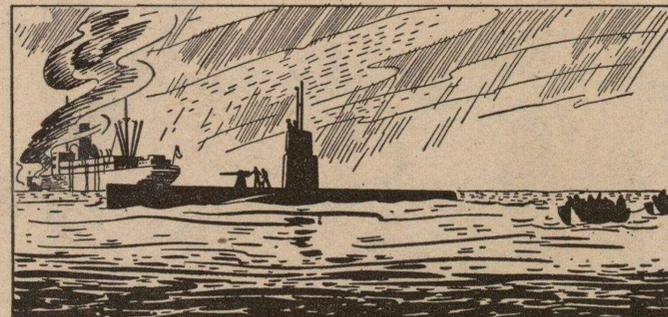
LOS ALEMANES CRÉYERON QUE NO HABÍA PELIGRO Y SE ACERCARON EN EL SUBMARINO A LA FILA DE BOTES SALVAVIDAS. EL COMANDANTE PREGUNTÓ QUÉ BUQUE ERA Y EL CAPITÁN RICKS LE CONTESTÓ CON UNA BURLA.



"¡ESTE BUQUE — LE GRITÓ RICKS — ES EL LLAMADO NO TE HUNDAS NUNCA Y LLEVA CARGA DE MADERA! TIENE TRES CUBIERTAS Y NO TIENE FONDO, PERO YA VÉ, AHÍ ESTÁ A PUNTO DE ZAMBULLIR LA CABEZA EN EL MAR."



"¿CÓMO SE DELETREA ESE NOMBRE? NO PUEDE OÍRLO!" — REPITIÓ EL COMANDANTE DEL SUBMARINO. ENTONCES RICKS LE DIJO POR LO BAJO A REARDON QUE ACTUARA, MIENTRAS EL COMANDANTE PEDÍA EL NOMBRE OTRA VEZ.



RICKS LE REPLICÓ AL DEL SUBMARINO OTRO NOMBRE INTELIGIBLE Y REARDON, DE BUEN HUMOR, AÑADIÓ QUE LA "P" DEL JEROLÍFICO ERA SILENCIOSA Y NO SE PODÍA PRONUNCIAR NI DELETRAR. EL BOTE SALVAVIDAS

SE ALEJABA DEL SUBMARINO Y ENTONCES EL COMANDANTE DE ÉSTE, DISGUSTADO, SE ACERCÓ AL COSTA RICA Y COMENZÓ A DARLE VUELTAS HASTA LA POPA, EN BUSCA DEL NOMBRE DEL BUQUE PARA TOMAR NOTA.

manos, primos, cuñados y sobrinos, y cuidado—añadió biquando—, que no calga sobre usted un vizconde con toda su parentela.

—¿Y es su padre de usted de tropa? —tornó a preguntar doña Escolástica —Si, es guardia de Corps del Padre Quieto, por orden superior del general Gota.

—Pues si no tiene más pan y prest que los que le dé ese padre, tendrá su estómago que alistarse en la compañía de hambriento—dijo haciéndose gracioso, contra la voluntad del que le crió, don José.

—Tiene ventas propias Individuales e independientes, sin contar con la bolsa ajena, esto es, la paga del Gobierno, que sale de las contribuciones que aniquilan el país.

—Pero, ¿qué es su mercé?—tornó a preguntar la curiosa.

—Su mercé no es mercé, que es señora, y conde, y marqués.

—¡Hola! ¡Marqués! ¡Sea para bien, y por muchos años!—dijo respetuosamente doña Escolástica, repitiendo recio la noticia a su marido y a su cuñada.

—También San Cayetano era hijo de título—dijo doña Liberata—del conde Gaspar Tiene. Felicito a usted.

—¿Y eso qué significa para que me feliciten ustedes?—exclamó impaciente Leopoldo; y poniéndose de pie se puso a cantar gesticulando esta canción, en boga en aquella época.

Todo conde o marqués nace hombre. —¿Qué dice?—preguntó don José al verlo tan enfundado.

—Que todo conde o marqués nace hombre—contestó su mujer.

—¿Y qué había de nacer mujer?—repuso don José.

Leopoldo entretanto había concluido la discreta copla y cantaba el estribillo o coro:

¡A las armas corred, ciudadanos!
¡A lidiar, a morir o vencer!

Don José entretanto movía impaciente su cabeza.

Leopoldo proseguía:
Guerra a muerte a la tiranía...

—¿Y quién es el tirano?—preguntó don José.

—Es Nerón, contestó Leopoldo, señalando al mamarracho que figuraba la hermosa persona del rey Fernando a caballo.

—Mocito—repuso don José—no hable usted así del rey de España, mientras humea aún en los campos y en las ciudades la sangre noble y leal de los que murieron por él; que eso saca los colores a la cara a todo español legítimo.

—¿Es usted, por lo visto, un servilón de siete suelas?—exclamó sofocado Leopoldo.

—¿Y usted, según parece, un liberalito a casquete quitado?—repuso don José —Ser lo que soy lo tengo a mucha gloria—dijo Leopoldo.

—Ser lo que soy lo tengo a mucha honra—repuso don José.

—¿Cómo tiene usted valor—exclamó muy en sí Leopoldo—de expresarse así en la presencia de un mártir de la santa libertad?

—Dice usted dos despropósitos, mocito.

—Y usted cada salomona que asombra; es usted un badulaque o está loco.

—Estoy muy cuerdo, señorito. ¿Dónde ha visto usted canonizada esa «santa» y abogada de las bullangas? Santo quiere decir el que posee la santidad, el que es perfecto y libre de toda culpa; y sólo se dice de las cosas de Dios en español puro, ¿está usted? Tampoco es usted un mártir, pues dicen los Santos

Padres que no constituye el martirio el tormento que se padece, sino la causa por lo cual se sufre, ¿está usted?

—A usted es preciso o matarlo o dejarlo—exclamó furioso Leopoldo—. Es usted—añadió saliendo—un polonio, un fanático, un preocupado, un... un... ostrogodo!

—¡Pues está bueno!—dijo don José cuando su contrincante hubo salido—; que me diga que soy un atrevido es decir que soy realista, cuando anda él escondido y huyendo por no serlo! ¡Habrás visto tal descarol!... ¡Vaya con el mocito!

—¡Pobrecito!—dijo doña Liberata—déjale, José, no le respondas; está caído y a los caídos no se les canta el trágala como hacen ellos.

—¿Y yo se lo he cantado, ni nada que se le parezca?—repuso don José. No he hecho más que responderle, que pará decir mi parecer tengo boca como cualquier liberal, y voz, aunque no tan chillona como las tuyas.

—José, ya ves—opinó su mujer—que como es hijo de marqués...

—Y aunque sea hijo de duque, ¿qué

derecho tiene, me querrás decir, para decirme a mí badulaque, loco, bolonio y hasta ostrogodo?—repuso su marido.

—Oye, Pepe, y eso ¿qué quiere decir?

—Mira tú, que yo soy y no lo sé. Pero me hago cargo que querrá decir un hombre muy rudo, muy basto y muy templado a la antigua. ¡Puede echar plantas lo moderno!, ¡cascabeles!

Leopoldo a los pocos días sintió un fastidio desmedido, como es de suponer. Su humor era tan malo y estaba tan prapenso a la impaciencia, que sería largo el referir las escenas que tuvieron lugar entre él y los pacíficos habitantes del castillo, víctimas todos ya de sus bromas, ya de sus arranques de impaciencia, ya de sus desdenosos aires de superioridad, ya de sus travesturas.

Sin embargo, como Leopoldo aunque tenía desparajo, no tenía acritud; como aunque era desvergonzado, no era acerbio; como desdénaba y befaba sin «despreciar»; como sus pocos años, su viveza y su buen fondo, al través de la maleza que lo cubría, se patentizaba a cada instante, y como todos los que le rodeaban eran tan buenos, no sólo se interesaban

por él, sino que le iban tomando sincero cariño. Y así, nunca estuvo un escondido más seguro que él entre aquellos contrarios a su opinión, a quienes cada día contradecía, atacaba, burlaba y escandalizaba descaradamente, con la más completa falta, no ya de delicadeza, sino de ecología.

Cuando doña Liberata le veía muy desesperado, le decía:

—Don Leopoldo, encomiéndese usted a San Cayetano, abogado de la Providencia. Sus devotos nunca llegan a ricos, pero nunca les falta la subsistencia. Hágale usted una promesa, y verá usted cómo le saca en bien de este atajo.

—¡Vaya usted a frir monas!—contestaba con coraje Leopoldo. Pues qué, ¿me cree usted algún «fanático supersticioso» como usted?

Leopoldo estaba entonces, por desgracia imbuido en las acerbias máximas anti-religiosas que de la mano traía consigo el liberalismo, que—por ese instinto de verdad que hay en todo corazón recto—, rechazaban las gentes religiosas, a las que tan ampliamente ha dado razón el tiempo.

Cuando entraban en la sala, solían siempre las hermanas hallar a su amado protector San Alejandro, vuelto de cara a la pared.

—Lo ven ustedes, les decía entonces Leopoldo, autor del trastorno, el Santo les vuelve las espaldas. ¡Milagro! ¡Milagro! Pronto un ex voto, para conservar la memoria de que al santo no le gusta que le muelan, como hacen ustedes, y no quiere pesados delante de sus ojos.

Un día, no sabiendo qué hacerse se entró en el oratorio del capellán que estaba ausente. Era éste aficionado a la pintura, y tenía sobre el caballete un cuadro sin concluir, que representaba a Santa Ana enseñando a leer a la Virgen. No bien lo hubo visto Leopoldo, cuando sin pensarlo dos veces, cogió un pincel con pintura negra, y trazó en



las hojas del abierto libro que en sus manos tenía la Santa, estas palabras: «Código de la Constitución». Se salió muy serio silbando, y se subió a una de las torres, donde se echó de bruces sobre el pretit, y se puso a mirar a la bahía, sin acordarse más de lo que había hecho.

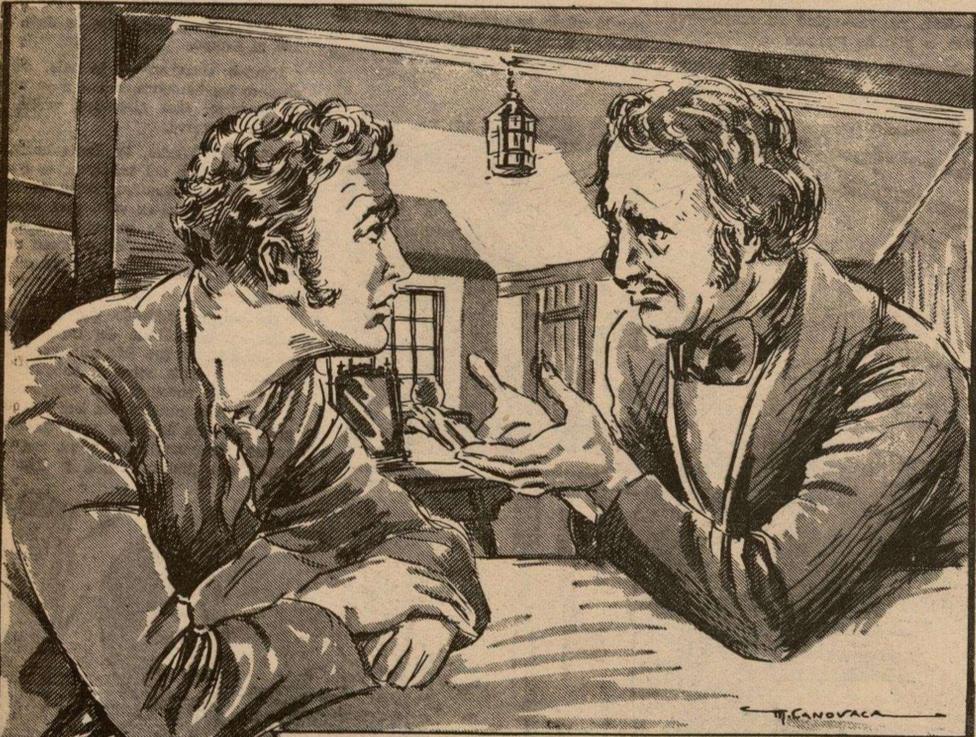
Cuando don José con su mujer y su hermana se ponían a rezar por el Rey, como tenían de costumbre, interrumpía los rezos para decirles impaciente:

«¿Qué les importa a ustedes el Rey? ¡El Rey es un pecador como yo, y un zoquete, tan zoquete como los que rezan por él!»

Las hermanas se ponían entonces las manos en la cabeza exclamando:

«¡Por Dios, por Dios, no diga usted eso, ni en chanza, señor!, que se debe dar a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César; esto dice el Evangelio!»

Y don José añadía:



de Armas tomando el fresco. Ya el sol había hecho su última caricia a la alta torre, que más encumbrada que las demás, alza sobre todas sus almenas, las que parece haber levantado, como pirámides conmemorativas, a cada siglo que cuenta y ha visto morir. La luna, que empezaba su lenta y silenciosa ascensión, las alumbraba triste y pálidamente, como si fuese un gran cirio que en su fragor de sus hijas hubiese encendido su Padre el Tiempo. Las estrellas, que están más altas que la luna, brillaban alegremente, cual si alcanzasen a ver a su Criador.

Los animales domésticos, moradores del castillo, no prorrumpían ya sino en aquellas voces lentas y arrulladoras, precursoras del sueño que anuncian, y que precede a su descanso; cuando de repente y como bajados del cielo, se oyeron unos sonidos encantadores. Al resonar aquellas suaves acentos en aquel severo y callado edificio, los ecos que se durmieron al extinguirse los últimos sonidos de las trompas y clarines guerreros, despertaron dulcemente sorprendidos al oír las melodías de Rossini; si eran estos ecos moros, pudieron creerse muertos en los campos de batalla, y resucitados entre hurfies. Y no fueron ellos los solos agradablemente sorprendidos,

«En teniendo yo veinticinco años, respondía con coraje Leopoldo, si hay entonces Constitución, he de procurar ser diputado a Cortes, nada más que para meter el palo en candela, y proponer que se les ponga una mordaza a usted y a otros malvados servilones como usted.»

«No lo dudo, no dudo, que si vuelven ustedes a sacar la cabeza, así lo hagan, contestaba don José. Lo que tiene que a la Verdad no se la podrán ustedes poner, y cuando no hable por boca de los hom-

bres, hablará por medio de los hechos. ¿Está usted, mocito?»

«¡Cuándo saldré de este maldito castillo!—exclamaba Leopoldo tirando la silla.— ¡Castillo de la tontería, digna morada de la vejez, cuarteil general de ineptos, mansión del opio, fortaleza del estatu quo!»

CAPITULO IV

La tertulia a la luna

De la misma manera que excita el asombro el reo nadador, que corta con fuerza y vence una corriente impetuosa, así también admira que haya imaginaciones bastante vigorosas para hallar inspiraciones poéticas a través de las tendencias y del espíritu del siglo actual.

Valisla.

A la caída de una tarde estaban los habitantes del castillo reunidos en la Plaza

sino todos los demás moradores del castillo. Los palomos posados sobre las almenas, torciendo en todas direcciones sus cabecitas, buscando con su sereno mirada a su alado vate el ruiseñor. Los conejitos salieron de su comfortable osario, se pusieron en dos pies lavándose sus caras con ambas manitas a compás. Los jilgueros y canarios se entusiasmaron, lanzando a deshoras sus más puros trinos y más sonoros gorjeos, como para formar el coro a aquellas encantadoras melodías. El gallo salió erguido de debajo de su higuera, como Aquiles de debajo de su tienda, levantando tan bien y metódicamente sus patas, como si se lo hubiese enseñado un maestro de equitación; las gallinas, más prosaicas, fueron las que no se distrajeran de sus únicas ocupaciones, que son buscar con qué llenar el buche, y nido donde poner el huevo.

«¿Qué es esto?»—dijo el ama del capellán.

«Es—respondió doña Escolástica—don «Deopolvo»...

interrumpido su tocar. Y no obstante, como todo lo que son cosas «sentidas» se armonizan unas con otras en el corazón, sin profanarse y sin despoetizarse, aquellas voces monótonas, que con respeto se alzaban, y aquellas dulces y sonoras melodías que alegras bajaban, parecían responderse, como el pájaro enjaulado que no puede volar, y la alegre alondra en altas esferas. Todas las cosas de este mundo tienen dos modos de mirarse, el uno con la helada mirada de la razón, que todo lo enfria y lo rebaja, como la luz de la bujía, y el otro con la ardiente y simpática mirada del corazón, que todo lo dora y vivifica como el sol de Dios. Esta vista del corazón se llama «Poesía». ¡Felices aquellos que la conservan y entretienen en la vida práctica, en la que se la cree inútil y aun nociva por los que no la comprenden, siendo un don del cielo!

Cuando concluyeron de rezar, hacia rato que Leopoldo había dejado de tocar. Porque Leopoldo, aunque amaba la música—si no con «pasión», con «extremo», como lo amaba y odiaba todo—no tenía paciencia para hacer mucho tiempo de seguido una misma cosa.

«Ya calló el canario sin jaula—dijo doña Escolástica—¿qué estará haciendo?»

«Puede que haya mandado por almagra, como hizo el otro día, para echarla en mi tinaja—dijo la sobrina del sacristán.

«O por pimiento chileno para untar los bordes de mi alcarraza, como hizo ayer, de manera que me abrasé los labios: ¿ve usted la pupa?»—dijo don José señalando su gran labio.

«¡Si esto no se puede tolerar!»—dijo el sacristán.

«No lleva mala intención—repuso doña Escolástica.

«¡Cascabeles!»—exclamó don José— ¡con buena o mala intención... a mí me dolió de lo lindo!

«¿Qué estará haciendo?»—volvió a decir al cabo de un rato doña Escolástica.

«Ve a verlo, si tanto empeño tienes en averiguarlo—le respondió su marido.

«Pero, ¿cuál sería el asombro de todos cuando vieron a su huésped elegantemente vestido de paisano, y puesto de punta en blanco, que con un junquito en la mano, y silbando el himno de Riego, atravesó la Plaza de Armas, les hizo un saludo con la mano y se echó a la calle!

Fué tal el general asombro, que todos quedaron gran rato callados y con la boca abierta.

«Pues valía la pena—dijo al fin don José—, de romperse las uñas y exponerse a quebrarse la cabeza trepando por un muro y entrarse por la ventana, para salirse con tanto desgarro por la puerta.

«¡Quién vió otra!»—opinó el sacristán—. Disfrazado se esconde, ¡y con su ropa se deja ver tan cariparejo!

«¡Y cantando que iba el himno de Riego!»—exclamó asustada doña Escolástica.

«¡Vaya por Dios!»—dijo doña Liberata—, pues siempre que sale el canto del «niño Diego», hay jarana.

«Te he dicho vien veces—le gritó su hermano—que no se dice el «niño de Diego», sino el himno de Riego.

«Oye, José—preguntó ésta—¿qué es himno?»

«Himno es—contestó su hermano—un canto de alabanza de Dios o de sus Santos, o bien entre los gentiles un poema para celebrar sus dioses o sus héroes.

«Pues no le viene bien el nombre a ese canto—observó su hermana.

«Ya se ve que no—repuso don José— Pero se han trabucado todos los nombres, porque les ha dado la gana, ¿eso quién lo remedia?»

sin la sorpresa de lo inesperado, sin el incentivo de lo que puede haber detrás. New York es una ciudad que se entrega al viajero inmediatamente, es la ciudad sin secretos por excelencia. Y sin que el vocablo que voy a escribir entrañe el más mínimo grano de ofensa, New York ese, por ese simple y terrible detalle de entregarse al primero que llega, desde que llega, la ciudad prostituta.

LA CIUDAD GRAN DAMA

Contrastando con la Ciudad Prostituta, París resulta la Ciudad Gran Dama. Al fin y al cabo esta gran dama va a librarnos su secreto. Una noche, estamos seguros, después de haberla recorrido bien en todos sentidos, llegaremos a conocerla bien y a fondo. Bien a fondo. Pero antes de entregárenos, ante de librarnos su secreto íntimo, comienza por hacernos pensar, por provocar en nuestra sensibilidad sorpresas graciosas y coquetteras sin nombre, nos seduce gradualmente, estaba por escribir: «femeninamente» e «intelectualmente». Una máxima de la Grecia de Pericles, que ha pasado a Francia a través del tiempo, dice así: «El Placer es cosa muy buena para que dure poco; por eso hay que alargarlo, refinarlo, concederlo, por grados.

Esta máxima, que París, heredera de Atenas, lleva a la práctica, en el fondo es la sabiduría misma, una sabiduría epicúrea y trascendental. Es una fórmula inventada por la civilización. Un pueblo improvisado y construido a la carrera no es capaz de pensar frases maduras como ésa, y menos aun realizarlas.

CONJUNTO DE EQUILIBRIOS

No importa desde qué sitio observemos las líneas armoniosas de que está hecha esta ciudad sorprendente, siempre recibiremos la misma emoción de equilibrio: grandes bulevares, avenidas suntuosas, Boul'Mich', Jardin de las Tullerías, Plaza de la Opera, rue de Rivoli...

Subid al Arco del Triunfo y observad las doce avenidas que parten del Arco como los doce radios de una rueda gigantesca que partieran del eje.

Ascended hasta el monumento de la plaza de la Bastilla, y veréis entonces—capricho, coquetería—que los bulevares, las avenidas y las calles que llegan a ella forman «una sorpresa» lineal, una



De este ángulo parten dos de las grandes avenidas de París: a la izquierda se inicia la Avenida Friedland y a la derecha, la Avenida Hoche

armoniosa disparidad (y conste que estos términos sólo son antitéticos en forma aparente).

El trazado del Sena mismo es irregular sin ser desequilibrado. Y es el conjunto gigantesco de perspectivas equilibradas lo que hace de París la ciudad más bella, la ciudad más íntima, la ciudad más lógica, la ciudad que habla con más gracia, a los sentidos; a los sentidos físicos y a los sentidos interiores. Y, como según nos lo enseñan los textos graves de estética, la arquitectura es «la primera lección del ciudadano», París da a los parisienses una lección perenne de regularidad y de armonía. «Dime de qué ciudad eres y te diré que gustos tienes», como decía un héroe de Molière.

LA ATRACCION LEJANA

Y yo os aseguro que no hay necesidad de ser un gran experto en líneas, ni un profesional de la arquitectura, ni siquiera un ente curioso, para saber por qué París es la Ciudad Encantada.

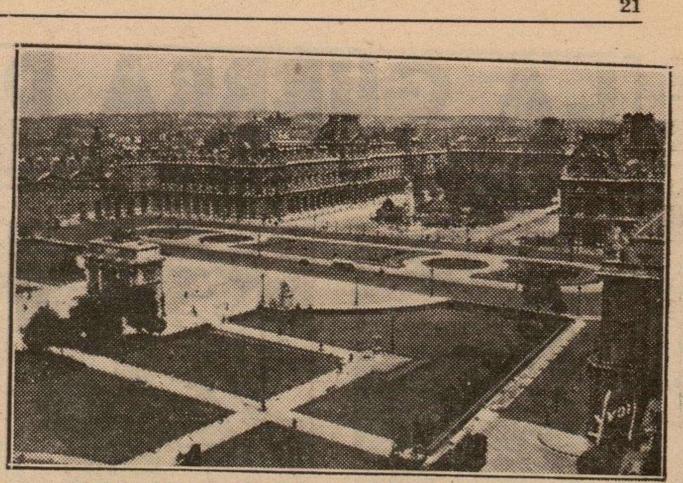
El fenómeno es espontáneo, y tan real, estaba por escribir: tan dinámico, tan radioactivo, que se siente de lejos. Millares y millares de personas que no conocen París, que no lo conocerán



Una admirable panorámica de la famosa Plaza de San Miguel, de París

Jamás, que están perdidos y diseminadas en la distancia de los contingentes, se sienten, no obstante, atraídas por París, porque lo han adivinado, porque lo han entrevisto, porque han sufrido su influjo misterioso y pasionante.

A París se le pueden reprochar muchas cosas. Se le puede reprochar—es lo que hacen generalmente todos los americanos—el no ser una ciudad práctica, ni enteramente moderna—¡hay que pensar que tiene dos mil años de existencia!—pero no se le puede reprochar fal-



Una admirable perspectiva de la Plaza del Carrousel

ta de armonía ni ausencia de perfección.

El amor de París es una especie de brujería. Es un imán. Es una fascinación que se explica con dificultad. Pero sobre todo es una realidad incontestable, una de las más sorprendentes verdades cotidianas.

PARIS ES UN COMETA

Pero París, claro, no se detiene en su marcha por la simple crítica de un turista de Chicago, como tampoco los cometas maravillosos no se detienen porque los hombricitos insignificantes de nuestro planeta digan que son esto, que son lo otro, que son lo de más acá o que tienen de más lo de más allá. Ellos son ellos. París es París. París es como ellos. El destino maravilloso de París es—desde César hasta el futuro, pasando sobre nuestras cabezas—como una inmensa parábola de luz.

Porque desde que nació, momentos antes de la conquista de las Galias por César, París ha sido un fenómeno atractivo. Los poetas, los pintores, los escultores, los decoradores, los músicos, los sabios de todos los tiempos y de todos los países, los hombres más sensibles de todas las épocas y de todos los paralelos, vinieron siempre a París, nada más que a París, invariablemente a París. Por algo será...

UN YANQUI ME DIJO...

Un americano, una vez, tomaba conmigo una tasa de té en una terraza de los Campos Elíseos. El mozo había dejado la tetera humeante, el azucarero, las dos tazas, las dos cucharillas, pero había olvidado el pequeño colador de metal para que el té salga ya colado al ser servido.

«En París—díjome el americano, con cierta aspereza que no supo disimular—no saben tomar el té, les falta el colador. Por lo tanto, es una ciudad imperfecta...

Yo sonreí. Porque, a causa de un olvido momentáneo de un mozo de café—el colador vino después, sin tener tiempo siquiera de que yo respondiera—a causa de un colador, repito, el compatriota de Mister Babbit olvidaba los Campos Elíseos, en una de cuyas terrazas estábamos, y que es la cristalización más perfecta de la belleza, la avenida más linda de la tierra, rematada en lo alto por esa otra armonía pétreo que es el Arco de la Estrella.

¡Un simple colador había hecho olvidar al turista nada menos que los Campos Elíseos! Porque—¿será preciso decirlo?—ni por un momento me habló de los Campos Elíseos. Se hubiera dicho que no le impresionaban, que no le herían la sensibilidad. ¡En cambio, esa tetera sin colador...! ¡Ah, qué escándalo!

ARQUITECTURA, AMONIA

Llegemos, pues, a una conclusión. Hagamos un sistema.

París es, al mismo tiempo que una ciudad intelectual, una ciudad lineal, armoniosa. Es decir, el equilibrio general de las líneas. Dos mil largos años de trabajo han sido precisos para alcanzar ese resultado. Pero se ha llegado. Lo que nos prueba que, con espíritu de continuidad y de «suite», a través de todas las dificultades imaginables, siempre se llega a lo que se quiere. Y por ese lado París nos da una fértil lección de filosofía.

El francés, hijo de Vercingetorix y de César, se propuso hacer una ciudad extraordinariamente bella. Y la hizo... gracias a un raro espíritu de continuidad que lo animaba. Y a veces, aunque un mozo de café olvide un colador de té, París es París, París seguirá siendo París. No son los coladores de té los que impedirán que un prodigio armonioso siga siendo prodigio armonioso.

Y aunque le digan que jamás habrá sido más feliz que cuando eleva uno o varios rascacielos en los Campos Elíseos, en jamás de los jamases, dejadme repetiroslo, París aceptaría proposición tan estúpida, porque sería traicionar un bloque impresionante de dos mil años de armonía, de equilibrio y de estética nacional.

PERSPECTIVAS DE LA CIUDAD ARMONIOSA

Por EDUARDO AVILES RAMIREZ

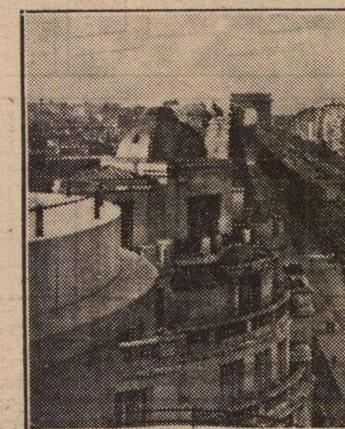
La ciudad cuyas líneas carecen de disonancias. Las emociones equilibradas que dan los bulevares.—La apreciación de un turista americano. "Dime de qué ciudad eres y te diré qué gusto tienes".—Por qué millares de personas que no conocen París se sienten atraídas misteriosamente por la ciudad única

A través de todas las épocas, el hombre se ha preguntado, un poco perplejo: «¿Cuál es el secreto de la verdadera belleza?» Porque hay, en una ciudad como en un cuadro, como en una mujer, como en una escultura, como en todo lo que es plástico y colorido, varios tipos de belleza, pero uno solo de ellos guarda el «secreto»; uno solo es el «único». Y París es, entre las ciudades de la tierra la «ciudad única», porque supo encontrar «el secreto» de la verdadera belleza.

En posesión ya de ese secreto, París se entregó a la difícil tarea de reinar, sin miedo a la concurrencia. París sabe que sobre la tierra pueden nacer ciudades mastodónticas, opulentas, admirables, originales, atractivas, orgullosas, gigantescas de todos los tipos que se quiera, de todos los tamaños, de todas las capacidades, ricas de todas las riquezas imaginables. Pero París sabe que ninguna de ellas estará en «el secreto de la verdadera belleza», como lo está ella. Una ciudad tiene sentidos, como una persona; y percibe su propio análisis, se da cuenta de su propio valor, como una persona también. Más aún, estaba por escribir: «como una mujer», pues que es «una» ciudad.

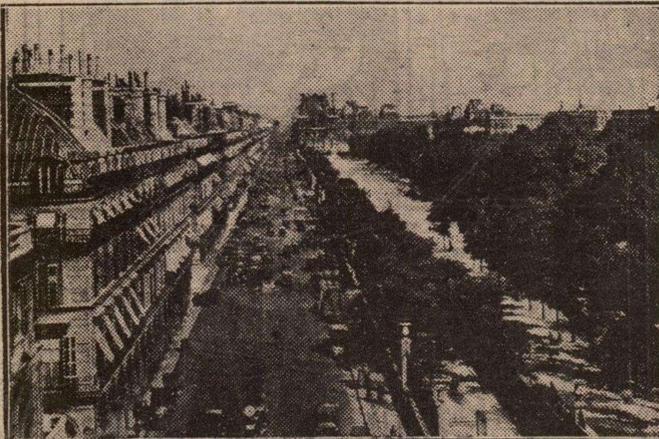
Los viajeros de toda la tierra que llegan a París han sufrido, desde el pri-

mer instante, esa especie de fascinación misteriosa que se desprende de esta ciudad femenina (por contraste con otras ciudades, que son masculinas). Pero pocos son los que se han detenido delante de ese fenómeno extraño y han tratado de comprender. Yo—y que se me perdona el «yo», pero se trata de una experiencia personal—he examinado muchas veces el problema, y creo haber descu-

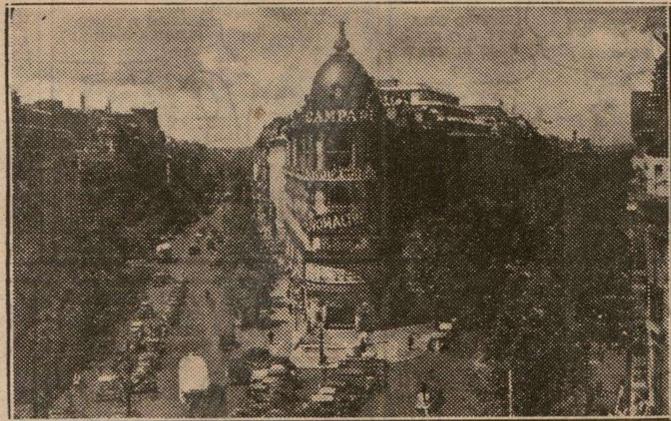


Tal vez la más impresionante perspectiva de París: la de los Campos Eliseos

bierto un elemento de análisis preciso: creo que el secreto de la verdadera be-



En la calle Rivoli se confunden dos detalles característicos de la Ciudad: luz al captarse, junto a la primera, el hermoso Jardín de las Tulierías



Del París «bulevardero», este aspecto de los de Haussman y los italianos es el que ofrece la sensación más intensa de movimiento

lleza de una gran ciudad está en su regularidad.

PERSPECTIVAS Y LINEAS

Regularidad en las líneas, primero. Observad estas perspectivas, observad las perspectivas de todas las ciudades, y veréis que ellas son las que contienen el secreto íntimo. Son «la cara», los trazos, que los ojos examinan primeramente.

Ninguna gran ciudad—ni Londres, ni New York, ni Moscú, ni Tokio, ni Buenos Aires—tiene la regularidad de París. Principiando por una regla tan sencilla que sorprende por su propia sencillez; en París todos los techos tienen exactamente la misma altura sobre el nivel de la calle. Es decir, es la antítesis viva de

REGULARIDAD EN EL ESFUERZO

Muchos siglos ha costado realizar esta gigantesca obra de arte, ya lo sé. Pero precisamente es eso lo que hay que admirar más: la regularidad... del esfuerzo, que ha producido una ciudad regularizada. No hay nada improvisado en la naturaleza. Y yo creo que ese es el secreto de la verdadera belleza de París y lo que le ha impuesto su adorable carácter armonioso.

Porque París, por excelencia, es la ciudad armoniosa; no hay disonancias en sus líneas, no hay tampoco el abuso fatigante de la línea recta, como en New York, en donde las calles son simples rayas rectas, agudas de la gracia de las curvas,

—¡Si no fuera más que los nombres... —suspiró el sacristán.

—Pues si le digo eso a ese mocito —prosiguió don José—me dice con el salero del mundo, bolonio, baduaque y loco.

—Y «estrobobo»—añadió su mujer.

—¡Pues eso es jarabe de picó! En el fondo es un infeliz; alegría... pocos años!—observó doña Liberata.

—Sí—dijo don José, pero tiene una lengua muy targa.

—Como todos—repuso el sacristán.

—¿Si estará libre?—dijo la viuda.

No sino que al loco y al aire, darle calle—repuso don José.

—¡Dios vaya con él, y le libre del mal! —dijo doña Liberata.

—¡Y a nosotros también!—repuso su hermana suspirando—. Pero este mocito no ha de parar hasta que nos traiga una desazón; ¡ya lo serán ustedes!...

—Dios quiera que no hayan cerrado el castillo cuando vuelva—dijo doña Escolástica.

—A bien que se entrara por la ventana—repuso mal humorado su hermano.—o puede que acabe la noche en la cárcel. Un hombre que estaba aquí como la propia rosa, ir tan impávido a meterse por los ojos, diciendo «¡aquí estoy yo!...» ¡Vamos; si es preciso que haya perdido los pocos sesos que tiene! Bien dice la copia.

Un loquito del Hospicio Me dijo en una ocasión: «Ni son todos los que están, Ni están todos los que son».

CAPITULO V

La Perla

Angelitos de Dios, testigos son del diablo.

Refrán.

La Fe es un vaso sagrado en el que cada uno debe estar pronto a sacrificar sus sentimientos, su razón y su imaginación. Se puede disputar sobre el saber, porque éste se puede rectificar, extenderse; pero la Fe siempre es una.

Goethe.

Leopoldo paseó las calles del Puerto lo más tranquila y garbosamente del mundo. No era conocido en aquella población y así confiaba en que iba muy bien disfrazado con su propia ropa.

Bajó toda la bien denominada calle Larga, a cuyo epíteto se puede sin lisonja añadir el de hermosa; anduvo por el espacioso paseo de la Victoria, y hallándola muy solitario, se encaminó al Vergel, que es otro paseo más pequeño y más céntrico a la orilla del río, paseo que estaba lleno de gentes, y en el que se entró nuestro héroe como Pedro por su casa.

No bien hubo dado una vuelta, cuando oyó una vocécita, aunque infantil, muy recia y sonora, que decía: «¡Mamaíta, mamaíta! ahí está Leopoldo Ardaz».

El nombrado hizo como si no hubiese oído aquella señal de reconocimiento, y apretó el paso; pero se encontró delante de sí colocada—a la manera que Alcibiades niño lo hizo para parar un carro, esto es, decidido a morir o vencer—, a una niña de seis a siete años, ataviada con lujo y primor, que le dijo con su agudo tiple:

—Ardaz, ¿por qué está usted vestido de paisano? El uniforme le sienta a usted mejor.

—Calla, calla, Margarita de mi alma (¡de mis pecados!, añadió mentalmente el interpeelado; voy de prisa; tengo una cita con un amigo.

—¿Y no quiere usted ver a Mamaíta? Allí está sentada en aquel poyo; ¡venga usted, venga usted!

Y Margarita asió de la mano a Leopoldo, al que arrastró hacia uno de los asientos.

—¿Usted por acá, Ardaz?—exclamó, sorprendida de verle, una elegante señora.

—Sorpresa también, aunque más grata me causa a mí, Condesa, el ver a usted en este vergel, cuya atmósfera asfixia según lo cargadísima que está por la aglomeración de tantos hijos de San Luis.

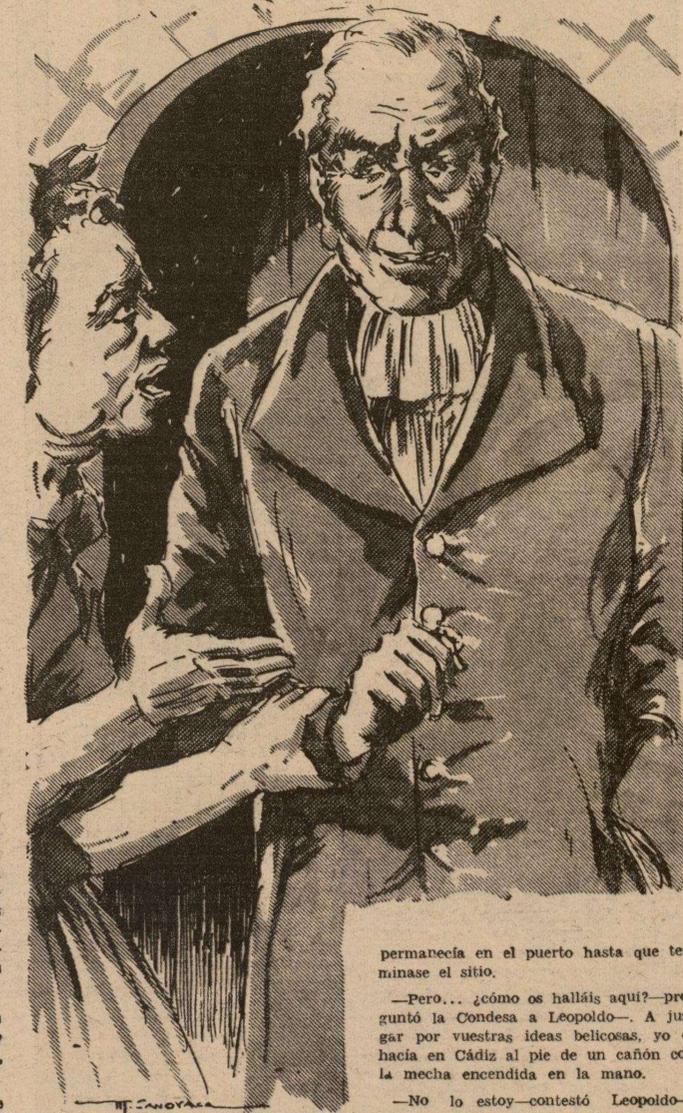
—¿Quién son los hijos de San Luis, Mamaíta?—preguntó la niña, que en toda conversación se entremetía.

—Son los franceses, mi corazón.

—¡Ay, cuántos hijos tuvo ese Santo! —dijo la niña—, ¡y qué guapos son! ¿No es verdad, Ardaz?

—Sí, hija de mi vida; y la de más valor a mis ojos.

La Condesa de la Enramada era una habanera tan sencillamente fina, como naturalmente amable, que no tenía más defecto para sus amigos, que el de mirar de una manera exagerada e incómoda a su hija. Era esta señora tan esmerada y sibarita en sus refinamientos de lujo, que mandaba su ropa a lavarse a La Habana por parecerle que no se lavaba bastante bien en España, que es el país de Europa en que la lavan mejor. Había venido a la Península a traer a un hijo suyo al colegio de Artillería; había después permanecido en Madrid donde conoció a Leopoldo; y cuando ahuyentada por las circunstancias políticas, salió de Madrid para regresar a La Habana, se halló a Cádiz sitiado, por lo que



permanecía en el puerto hasta que terminase el sitio.

—Pero... ¿cómo os halláis aquí?—preguntó la Condesa a Leopoldo—. A juzgar por vuestras ideas belicosas, yo os hacía en Cádiz al pie de un cañón con la mecha encendida en la mano.

—No lo estoy—contestó Leopoldo—, por haber sido apresada la embarcación que a Cádiz me conducía, por una lancha cañonera, Cancerbero, de la entrada de su bahía.

—¿Estáis, pues, preso?

—No, señora; que escapé; estoy escondido.

La Condesa soltó una alegre carcajada.

—Esto es—dijo—que os hacéis la ilusión, cuando paseáis por los paseos públicos, de llevar el sombrero de Merlín.

—No es eso, Condesa. Si me veis aquí es porque confiado en que nadie me conoce en este campamento francés, he salido a dar una vuelta entre dos luces.

—Sí, la luz del sol y la de los reberveros, para disfrutar de ambas donde más

resplandecen. ¿No veís, imprudente, que os exponéis?

—Ya me vuelvo a mi guarida, en la que no me hallarán, ni me buscarán, porque es el puro immaculado limbo del servilismo.

—Y, ¿cuál es esa mansión, ese palomar en que albergan las palomas al halcón?—preguntó admirada e irreflexiva la Condesa.

—Es el Castillo—contestó sin detenerse y con su acostumbrada imprevisión, Leopoldo.

—Mamaíta, yo quiero ver ese castillo—dijo Margarita.

Los oídos que a mis estúpidas lecturas del castillo faltan, sobran a esta perla fina, que me viene de perlas para comprometerme—pensó Leopoldo.

—Hija de mi vida, eso no puede ser—contestó la madre a su hija.

—¡Lléveme usted, Ardaz—rogó la niña.

—No hija mía, me guardaré de hacerlo. Ese castillo es el de «No volverás». En que entra en él, ¡ay!, mal que me pese no vuelve a salir. Además, hay un fiero dragón llamado don José, que se traga a cuantas perlas se le presentan, incluso a la de las Antillas, esto es, la isla de Cuba, si se le pusiera por delante.

—Ese dragón será «yankee»—dijo riendo la Condesa.

—Lo que puedo decir a ustedes, sin mentir, es que es feróstico, y tan gigante que tiene un hombro en Flandes y otro en Aragón. Si no fuera por eso, con mil amores te llevaría, Margarita (donde no te diera el sol en seis meses—añadió mentalmente Leopoldo).

La Condesa insistió en que Leopoldo se fuese y éste, que ya estaba aburrido, se volvió poco después a su pacífica guarida.

Merced a la costumbre popular que existe, tanto en el campo como en las ciudades, entre los españoles,, de dormir poco, sobre todo en verano, estaban todavía levantados sus huéspedes cuando llegó Leopoldo; don José para abrirle la puerta del castillo; doña Liberata, por si quería cenar o se le ofrecía algo; y doña Escolástica para acompañar a los otros. Los tres demostraron la mayor alegría de verle, y le dieron mil parabienes por su feliz regreso.

—¡Qué majaderías!—dijo Leopoldo, que venía de mal talante—; no están ustedes poco cansados y machacones en gracia de Dios! ¡No parece sino que, como Noé, he escapado de algún diluvio universal! ¡Podría ser creer, al ver ese cuidado con que están ustedes por mí, que pesa sobre mi cabeza alguna carga de graves delitos! Si ustedes me siguen molesto con sus advertencias y apremiando con sus consejos, tan fijo como dos y tres son cinco, que me presente a don Juan de Soto o al general Córdoba, y arda Troya.

Al oír esto, don José, su mujer y su hermana, en fila y sin chistar, como mansos corderos, tomaron el camino de la puerta.

—No tengo sueño—añadió Leopoldo—estoy aburrido dado al demonio: ¿no tienen ustedes algún libro que leer, aunque sea el Bertoldo?

Salieron todos apresurados para complacer a su huésped y la primera que volvió muy ufana y contenta, fué doña Liberata.

—Aquí tiene usted—dijo presentando a su huésped unos libritos en rústica muy usados—; este es la vida de la Virgen; nunca la leo sin llorar y morir de gozo; éstas lo son de Santos, y verá usted los milagros que ha obrado Dios por su mediación, no que ese Martín Lutero no sanó ni un dolor de muelas.

Seguía sus pasos don José, llevando en sus manos un librote panzudo en una encuadernación negra muy deteriorada.

Los Esposos Coliflor

POR POP MOMAND

—Bajo una mala capa hay un buen bebedor, dijo al presentársela con intima satisfacción a Leopoldo y abriendo el libro en el sitio donde había por señas una cuartilla de papel con palotes, provechosos de su ex escuela, se puso a leer con su gruesa y pastosa voz este trozo.

En este tiempo Francia corrompida, La católica ley adulterando, Negará la obediencia al Rey debida, Las sacrilegas armas levantando; Y con el cebo de la suelta vida Conbrará la maldad fuerza, juntandó, de gente infiel ejército formando Cobrárá la maldad fuerza, juntando,

—No se cansé usted más en leer esos malos versos, que serán de algún maestro de escuela bolonio, como usted o de algún fraile panzón y pendolista—dijo Leopoldo.

torres litografiado a un maestro de escuela.

«Por fortuna tenía yo a un Padrino que no te nombro, pues voy viendo que en los tiempos retrógrados que corren, la prudencia se hace necesaria; y mientras sea necesaria la prudencia que es un freno, que es una hipocresía, que es una contemplación del parecer ajeno, nada hemos adelantado en la luminosa senda de la libertad y de la independencia. Este padrino me ha prometido sacarme pronto de este centro de obscuridad, de este pantano de turbias, mansas y estancadas aguas, de esta jaula vetusta y ruinosa de lechuzas y pájaros bobos. Mi primer vuelo será el de las golondrinas, esto es, surcaré los mares para reunirme a los míos, a ustedes, queridos, para morir o cantar, según las circunstancias.

«Esta noche cansado de mi odiosa prisión y de mis insuportables carceleros, que a los demás tormentos que me causan, añaden, sin mi licencia, el de quererme muchísimo, salí a dar una vuelta y me encontré en el paseo a la... ya iba a poner su nombre sin acordarme de mi reciente alianza con la señora Prudencia persona cuyo trato estirado me es antipático. La... me ha dicho que estás en Cádiz, y me ha ofrecido encargarse de esta carta y cuidar de que llegue a tus manos.

«Con ella estaba su insoportable apéndice, la niña Margarita, ese inoportuno «Métome en todo», que con sus ojos de lince me reconoció a un cuarto de legua, y con su voz de silbato se puso a llamarme, comprometiéndome mi incógnito, para participarme que los franceses ja

apellidan «perla», por llamarse Margarita. Las hijas de la primera pecadora del mundo no han degenerado nunca, sacan la vanidad y la presunción del seno de sus madres. ¡Qué crianza da su madre a esa niña! Asombra. ¡Qué niña! ¡Qué niña! ¡Quién pudiera disorver esta perla en vinagre, como lo hizo la hermosa Cleopatra con otra!»

CAPITULO VI
El quid pro quo

La buena fe es el primer distintivo del hombre honrado, y el espontáneo brote de un corazón sano.

Máxima.

—¿Qué está usted diciendo, mocito! —exclamó don José; y señalando con el dedo la portada añadió:—Son de un militar como usted, pero que tenía más se-nombre.

Leopoldo leyó en la portada:

«La araucana de Ereillas»

—Déjeme usted de vestestorios—dijo rabioso a don José—que bastante tengo con usted, su mujer y su hermana.

—Pues mire usted que tras que le trae uno buenos libros!...—, murmuró don José, encaminándose arrastrando los pies hacia la puerta.

—Tome usted—añadió Leopoldo, corriendo a doña Liberata, y entregándole sus tan queridas vidas de Santos—, tome usted... para hacer cartuchos.

—¡Ay, qué irreverencia!—exclamó con dolor la buena y religiosa mujer.

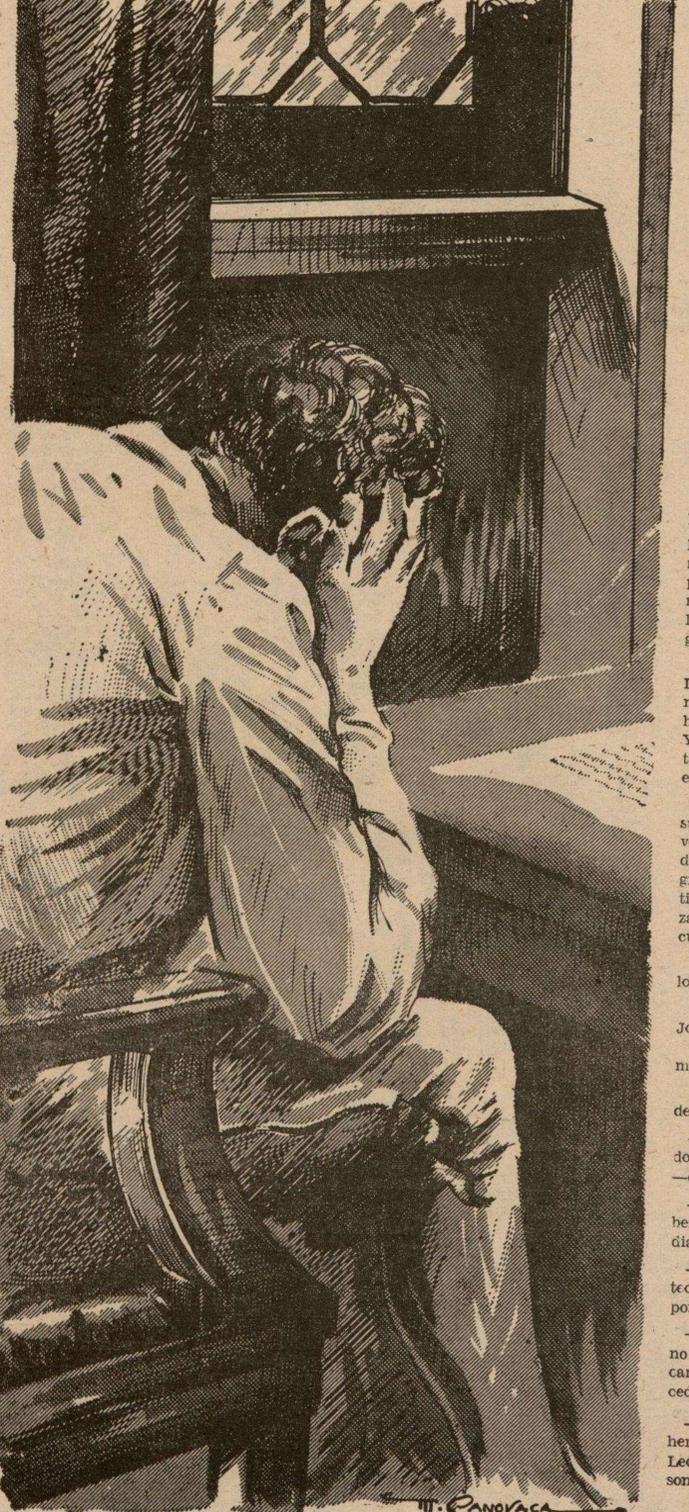
—No es irreverencia, señora, es despreocupación—repuso Leopoldo.

—Mire usted, mocito—le dijo don José—, que de la que usted llama despreocupación, a la herejía y al apostolado hay camino, pero tenga presente que es pendiente y se anda muy pronto.

Diciendo esto salió don José seguido de su hermana.

—¡Y que no entre la pesadez en la nomenclatura de las plagas del mundo! —exclamó al verlos salir Leopoldo.

No sabiendo qué hacerse, se sentó en su mesa y se puso a escribir a su amigo Ramón Ortiz.



Carta a Ramón Ortiz

«¿Dónde discurre que se halla tu íntimo? Se halla hecho víctima del despotismo y de la tiranía en el Puerto de Santa María, que bien puede serlo de todos los diablos; escondido en un castillote el más desencantado del mundo, en un castillo de Chuchurumbel en el que tontos son cuantos habitan en él.

«Te figuras a tu amigo el liberal, el ilustrado, el adorador de lo moderno y seide de la elegancia, encerrado en un cotarro vulgar, santurrón, servilón; con un capellán sin más luces que las de un cirio pascual; con un sacristán que tiene un apagador en la mano, otro sobre su intelecto, y los ojos apagados; con dos viejas beatas, más feas que Barrabás, que quieren a la fuerza que rece el rosario con ellas, como un santurrón; y haga una promesa a San Cayetano, santo de su devoción; y por último, con un maestro de escuela, que es en lo físico y en lo moral un borrico en pie, sin que le faltén las descomunales orejas propias de la especie? Me tiene este ríococeronte con sus subversivos axiomas monárquicos y teológicos tan frita la sangre, que se me van y vienen unos ímpetus feroces de ahogar entre mis manos. ¡Sí, sí, llegará el caso en que no pueda contener mi ira, y el día menos pensado se quedarán estáticos los coquinos, y estupefactos los vandeos de segunda edición, al ver en una de las

El alma buena, llena de pureza, juzga por bien lo que es indiferente, y en el mal halla achaques de flaqueza.

Aquí tiene principio, de aquí nace aquella santa y celestial simpleza que a Dios tanto enamora y tanto place.

Diego Murillo.

A la mañana siguiente muy temprano recibió Leopoldo un billete sin firma, que le entregó un marinero. Leopoldo reconoció la letra, que era la de Valverde. Contenía estas palabras:

«Leopoldo: eres incorregible, y has nacido para desesperar a tus amigos. Has tenido el atrevimiento de presentarte en un paseo público, de saludar y estar largo rato hablando con una señora muy conocida: su niña lo ha dicho, y ha descubierto tu paradero; esta mañana vas a ser preso. Para evitarlo, vistete el traje de marinero que te lleva el dador, que es hombre de toda mi confianza y sígueme. El cuidará igualmente de poner en salvo tu equipaje».

Apenas concluyó Leopoldo de leer la esquila, cuando se puso a liar su equipaje. vistió el traje que le llevaban, escribió una esquila a don José, que con su familia estaba en misa, en que le avisaba su marcha, se despedía y le rogaba comprase a su mujer y hermana una memoria, con diez onzas que quedaban con la carta; en seguida añadió estos renglones a la carta de Ramón Ortiz.

«Estoy descubierto y es preciso huir. La niña Margarita, esa cotorrta habanera, esa sabonete de repetición, me ha vendido. No tengo tiempo para más. Ya te participaré los futuros destinos de tu amigo, el más perseguido y el más errante».

En seguida cerró ambas cartas y con su acostumbrado atolondramiento, equivocó las direcciones, poniendo a la de don José el sobre a Ramón Ortiz, y dirigiendo la que había escrito a Ramón Ortiz a don José. Puesto esta con las diez onzas sobre la mesa de la sala, hecho lo cual siguió a su guía.

Media hora después volvían de misa los habitantes del partido.

—¿Y don Leopoldo?—preguntó don José, que fué el último que llegó.

—No se habrá levantado—contestó su mujer.

—Si no se hubiese acostado tan tarde...—gruñó don José.

—¡Pobrecito! déjale que duerma; que dormir mucho es propio de la poca edad —dijo doña Escolástica.

—Sí, sí, que duerma—opinó doña Liberata—; mientras duerme no se fastidia, ni se impacienta, ni peca.

—¡Pobrecito, pobrecito!... Están ustedes con el señorito que han de acabar por tocar rosarios en él.

—¡Pobrecito! Pobre es el diablo, que no ha de ver a Dios... Bien que con el camino que lleva, puede que a él le suceda lo propio—regruñó don José.

—¡Pepe! No te conozco—observó su hermana—; esos son malos juicios; don Leopoldo es un bendito, y sus cosas no son más que charmarasca.

(Continúa en el próximo número.)

EL JEFE DESEA VERLO, COLIFLOR.

¿QUE ME PONGA EN LIBERTAD INMEDIATAMENTE, ES LO QUE EXIJO.

ESTÁ VD. EN LIBERTAD, COLIFLOR. ¿PERDÓNE EL ERROR QUE HE MOS COMETIDO!

¡YA LES PESARÁ CUANDO ME COMUNIQUE CON MI ABOGADO PARA LIMPIAR ESTA AFRENTA!

CARAMBA, TODO EL MUNDO ME ESTÁ MIRANDO. ¡ME HAN RECONOCIDO POR LAS FOTOGRAFÍAS PUBLICADAS!

¡ESE ES EL INDIVIDUO! ¡LO HAN SOLTADO!

¿TIENE UN TIPO CRIMINAL!

¡AH, ESE ES COLIFLOR!

¿SOS-PECHAN QUE ES EL GATO, PERO NO TIENEN PRUEBAS!

¡ESE HOMBRE ES COSPECHOSO!

¡FUÁTE COMO CAMINA! ¡NO TE LE ACERQUES LEVISTO!

¡HOLA, AMIGO! ¿HAS VISTO LAS ESTUPIDECES DE QUE SON CAPACES LOS POLICÍAS?

¿DIANTRE, CÓMO TE HAN PUESTO EN LIBERTAD OTRA VEZ? ¿O ESTÁS BAJO FIANZA?

¡CARÁCOLES, NO ME DIGAS QUE TE HAS TRAGADO TODAS ESAS MENTIRAS PUBLICADAS EN LOS PERIÓDICOS!

¡LO LAMENTO, REGINO, PERO LAS CIRCUNSTANCIAS ME OBLIGAN A ROMPER NUESTRA AMISTAD!

¡ESTO ES ABSURDO! SOY UN HOMBRE LIBRE Y RESPETABLE. TODO HA SIDO UNA IMBECILIDAD DEL INFELIZ DONOSO!

PERO LA GENTE MURMURA MUCHO, COLIFLOR, Y YO NO QUIERO QUE VAYAN A MEZCLARME A MI EN EL ASUNTO.

¡DEMONTRES, HASTA MIS ÍNTIMOS AMIGOS EMPIEZAN A DUDAR DE MI Y A CREER QUE EFECTIVAMENTE SOY EL GATO! ¡TENGO QUE CONSULTAR CON MI ABOGADO PARA VINDICARME!

¡GRACIAS A DIOS QUE ESTOY EN CASA DE NUEVO DESPUÉS DE DOS NOCHES EN LA CÁRCEL! ¡VOY A CASTIGAR A ESTOS POLICÍAS POR SU PERSECUCIÓN...

¡HUM! ¿QUÉ ES ESO?

¡ME PARECÍO OIR COMO EL RUIDO DE UNA PERSONA ANDANDO POR MI HABITACIÓN!

¡PUEDE SER LA IMAGINACIÓN, PERO DE TODOS MODOS VOY A VER!

¡VOTO A SANES! ¡ALGUIEN HA ENTRADO AQUÍ A ROBAR!

¡HAN SAQUEADO TODA LA HABITACIÓN! ¡CANASTOS!

¡MI MADRE! ¡EL GATO!

¡SI, IMBÉCIL, SOY EL GATO!

¡SOCORRO!

¡FUERA DE AQUÍ, IDIOTA!

COLIFLOR CAE AL SUELO Y AL SUETARSE DE LO PRIMERO QUE ENCUENTRA HACE RODAR JUNTO CON EL AL LADRÓN.

DESPUÉS DE LA ESCARAMUZA, EL GATO SE DESHACE DE COLIFLOR Y SALE POR LA PUERTA...

¡LO QUE ES AHORA NO SE ME ESCAPA!

¡ALTO AHÍ, LADRÓN!

EL GATO ES MÁS ÁGIL QUE UNA LIEBRE Y COLIFLOR ESTÁ TAN FATIGADO QUE YA NO PUEDE DARLE CAZA---

¡FINALMENTE DA UN SALTO Y LO AGARRA POR LAS PIERNAS, CAYENDO AMBOS AL SUELO!

¡DÉSE PRISA, GUARDIA! ¡AYÚDEME A DETENERLO! ¡ES EL GATO!

¡IMPOSIBLE! ¿QUIÉN ES VD.?

¡SOY REGINO COLIFLOR Y HE PILLADO A ESTE MIENTRAS ROBABAN EN MI APARTAMIENTO!

¡HA TENIDO SUERTE! ¡LE TOCARÁ LA RECOMPENSA!

¡QUITÉMOSE LA CARETA PARA VER CÓMO ES EL ENEMIGO PÚBLICO NÚM. 1!

¡SI-- YO TAMBIÉN QUIERO VER SU CARA-- QUIETO, O--!

¡SANTO CIELO, ES UNA MUJER!

¿NO ESTÁ ORGULLOSO DE SU TRIUNFO VIEJO INSULSO?

FALTABAN veinte minutos para las ocho de la noche, de la víspera de Navidad, cuando Celeste Ritmo encendió las lámparas azules de la sala. Estaba más bella que nunca, ataviada en la graciosa envoltura de su túnica roja, de cuyo misterioso arcano surgían, como expresivos detalles de una escultura, las líneas ebúrneas y vigorosas del busto, los brazos y el perfil de la cabeza.

Celeste no acostumbraba a esperar por nadie, particularmente en noches memorables como aquella. A medida que el minutero avanzaba hacia las ocho menos cuarto, pensó, con una tenue sonrisa a flor de labios, que toda su fama como actriz de cine se la debía precisamente al hecho de que siempre se hacía desear y obligaba a los demás mortales a esperar por ella.

Pero esta vez la sonrisa de la estrella no era auténtica. Tenía el presentimiento de que aquella muchacha que le había hablado por teléfono iba a causarle algún disgusto. No podía quitársela de la mente, y se sentía turbada cuando el recuerdo de su voz venía a interrumpir la ilusión que más le preocupaba en aquellos momentos, que era la de recibir en su propia casa al célebre director Anthony Miller.

Le había costado mucho trabajo conseguir que Miller accediera a visitarla, especialmente la víspera de Navidad. Miller, la figura máxima del ramo de producción en Hollywood, no se prestaba fácilmente a las estrategias femeninas, ni estaba interesado en otras estrellas de cine que las que él creara con su genio artístico supremo. Vivía alejado de los artistas, cultivando el retraimiento con la misma persistencia que la Garbo. Y a Celeste Ritmo, orgullosa de sus hechizos de mujer, le parecía que aquella noche iba a vencer la indiferencia del joven director con la ayuda de las luces opacas y el armonioso confort de su sala, en la que ella se destacaba, sutil y subyugadora, como una hetaira.

Ese era el ensueño que ahora dominaba su alma por completo, y sin embargo, por una razón inexplicable, sentía su conciencia rebelarse ante la posibilidad de faltar al compromiso formado con la muchacha desconocida que logró convencerla por teléfono de que debía ponerse unas ropas frívolas para que le tomaran fotografías para una importante revista.

ESA tarde, la muchacha había llamado de nuevo por teléfono, para recordarle a Celeste que a las tres todo estaría listo para la cita. Tenía una voz misteriosamente dulce, fresca como las flores de la primavera y vibrante como el hábito de la juventud.

—¿Es la señorita Ritmo? ¡Ah, buenas tardes, muy buenas tardes! ¡Habla Mollie Irwin! La he llamado para decirle que estamos esperándola. El fotógrafo está ya aquí y la casa Knox ha mandado unos vestidos preciosos. Hay una chaquetilla de piel de leopardo en la que va a verse divina.

Momentáneamente, no había podido contestar una palabra. Deseaba evadir el compromiso sin mortificar a su admiradora. Quería ser enérgica, pero culta.

—¡Ya veo, Miss Irwin! No sabe usted lo que lamenta las molestias que le he causado. No me gusta desairar a nadie, pero esta tarde necesito estarme reposada y quieta. Considere usted la festividad del día, y luego un compromiso importantísimo que tengo para esta noche, al que no puedo faltar de ningún modo. Necesito estarme en casa. Seguramente...

—¿Quiere usted decir—contestó la otra, sorprendida—que no vendrá a probarse los trajes para mostrarle las fotografías de mi artículo? ¡Eso no puede ser! Me prometió de veras... le he telefonado tres veces... no acierto a ver las cosas...

—¡Ya le he explicado, señorita!—repuso, medio enfadada, Celeste. Estoy muy fatigada y tengo un compromiso importantísimo esta noche.

—¡Pero es que me interesa!

—¡Lo siento, amiga!

—¡Por favor, sea usted bondadosa! No puedo perder esta colocación de repórter que me han ofrecido. Me ha sido trabajo preparar las cosas para que usted sirviera de modelo. ¡Su actitud me desespera! ¡Esto es terrible, señorita Ritmo!

—¡Lo siento en el alma, pero no me importan sus problemas personales!

EQUIVOCACIONES como la que acababa de hacer habían llevado al desastre a personajes más fuertes, y sin embargo Celeste Ritmo descartaba la posibilidad de que estuviera perjudicándose a sí misma. El leve remordimiento—pensaba—que persistía en su conciencia, cuatro horas después del diálogo telefónico, era una mera ofuscación de su mente, que vagaba imprecisa ante la expectativa de la llegada de Anthony Miller. Miró al reloj y faltaban cinco minutos para las ocho. Después, tres minutos para las ocho. Sonó el timbre de la puerta y ella, ansiosa de ver realizadas sus ambiciones, corrió a abrir sin agnarrar a que lo hiciera la criada.

Un mensajero del telégrafo la saludó, sonriente, y le entregó un mensaje. Ella rasgó el sobre, mecánicamente, y leyó con impaciencia:

“Mi admirada señorita Ritmo. Perdóneme la falta en que he incurrido al dejar esperando a una gran estrella. La verdad es que esta noche tengo que cenar con mi novia. Todo ha sucedido de la manera más inesperada. La muchacha capituló cuando menos me lo esperaba. A usted le debo, gracias a la conversación telefónica que sostuvo esta tarde, el haberla convencido de que casarse conmigo es preferible a sufrir las humillaciones que persiguen a una humilde repórter. Yo seré un insensato, pero he decidido dedicar el resto de mi vida a demostrarle a Mollie Irwin que tomó una resolución acertadísima. Cordialmente suyo, Anthony Miller.”

El reloj dio las ocho de la noche. Afuera, las campanas de la iglesia entonaban un himno melodioso al cielo. Pero Celeste Ritmo no escuchaba nada, ni siquiera el cascabeleo de los finos brazaletes, al mover sus brazos ebúrneos y nerviosos.

Celeste RITMO

Una Artista Que Cambio el Destido de Dos Personas Sin Saberlo, Al Mismo Tiempo Que Se Labro Su Propia Desdicha

Cuento Breve, Por Camilo Miranda

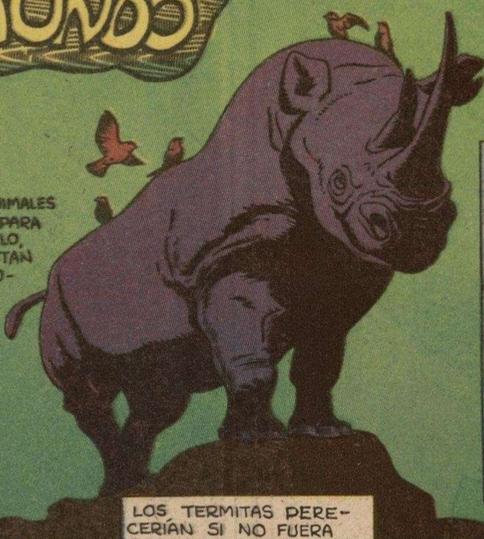
“Lo siento en el alma,—respondió la actriz—pero a mí no me importan sus problemas personales.”



LAS MARAVILLAS DEL MUNDO

LA AMISTAD ZOOLOGICA

EN LA NATURALEZA MUCHOS ANIMALES Y PAJAROS FORMAN ALIANZAS PARA MUTUO BENEFICIO. POR EJEMPLO, LOS PAJAROS QUE SE ALIMENTAN DE LAS GARRAPATAS DEL RINOCERONTE LE AVISAN TAMBIEN CUANDO ESTA AMENAZADO POR ALGUN PELIGRO.



LOS CAIMANES ABREN LA BOCA Y PERMANECEN QUIETOS MIENTRAS LAS AVEFRÍAS ESCARBAN PARA DEVORAR LAS PARTÍCULAS DE CARNE QUE EL ANIMAL TIENE ENTRE SUS DIENTES.



LOS TEJONES ENCUENTRAN LOS PANALES DE MIEL GUIADOS POR CIERTOS PAJAROS. ENTONCES AQUELLOS ABREN LA CORTEZA DEL ARBOL Y AMBOS SABOREAN EL EXQUISITO BOTIN EN CORDIAL CAMARADERIA.



LAS HORMIGAS PROTEGEN Y VIGILAN A CIERTOS PICOJOS EN LAS PLANTAS PARA PODER SAPIREAR UN LIQUIDO DULCE EXCLUIDO POR ESTOS.



LOS TERMITAS PERECERIAN SI NO FUERA POR UNOS ANIMALITOS UNICELULARES QUE TIENEN EN EL CANAL DIGESTIVO PARA Digerir LA MADERA.

PERO LA CACAREADA AMISTAD DE LA ARANATA, EL BUSHO Y LA SERPIENTE DE CASCABEL, ES UNA FICCION QUE CARECE EN ABSOLUTO DE FUNDAMENTO.

PECOSO Y SUS AMIGOS

Por Blosser



¡ES MUY INSTRUCTIVO, PORQUE SE PUEDE VER EL PROGRESO REALIZADO EN EL MUNDO DE LOS ARMAMENTOS.



ESTE CAÑÓN ALEMÁN FUE USADO DURANTE LA GUERRA-MUNDIAL, Y ERA MUY EFECTIVO EN LOS BOMBARDEOS!



ESTA AMETRALLADORA DISPARA CIENTOS DE TIROS POR MINUTO. A VECES TIENE DOS BALAS SALIENDO POR EL CAÑÓN!



¿Y ESO QUÉ ES? ESAS SON GRANADAS DE GASES. CUANDO ESTALLA UNA, MUERE TODA LA GENTE EN EL RADIO DE UN KILOMETRO!



ESTE ES UN AVIÓN DE PERSECUCIÓN Y TIENE TRES AMETRALLADORAS!



ESTOS SON DETECTORES QUE PERMITEN AL EJÉRCITO AVERIGUAR LA PROXIMIDAD DE LOS AEROPLANOS CUANDO ESTÁN A 60 KILOMETROS DE DISTANCIA.



¿DIANTRE, Y QUÉ ES ESO? UNA CATAPULTA, PARA LANZAR PROYECTILES SOBRE LAS FORTALEZAS!



¿CUANDO LAS FORTALEZAS ERAN INEXPUGNABLES CON ESTAS CATAPULTAS SE LANZABAN PROYECTILES DE BREA HIRVIENDO POR SOBRE LAS PAREDES! ¿DE QUÉ MODO QUE LANZA COSAS AL AIRE?



¿CARAMBA! ¿QUÉ SERÁ LO PRÓXIMO QUE SE LES OCURRIRÁ?

Con Perdón De Usted!

Las estrellas más encopetadas de Hollywood poseen una educación esmerada y son personas casi perfectas, pero en la intimidad sufren de muchísimos defectos imperdonables.



Gary Cooper no ha logrado aprender a sentarse con corrección en las butacas

Por Sam Lukas

Hollywood.



Joan Crawford no aguanta los zapatos un minuto...

York. Si van a un teatro o un cabaret, hay que verlas simulando ser grandes damas acostumbradas a distinguirse por su aire de esplendor en los salones. Lo cual no quita para que si se encuentran en una fiestecita de gente humilde o rodeadas de niños, también se adapten a las circunstancias y procedan como seres de carne y hueso.

El cine las ha enseñado a ser múltiples. Nunca dejan de decir las cosas que los amigos y admiradores esperan que digan. Son anfitrionas consumadas, que ponen los cubiertos apropiados para cada ocasión y sirven el vino de rigor con cada plato. En cuanto a las reglas de urbanidad, parecen discípulas sobresalientes de Carreño, porque jamás cometen la más leve falta de educación ni realizan ningún acto que pueda constituir un descrédito para su cultura.

ADOLECN, sin embargo, de muchos de los defectos que aquejan a la pobre humanidad. Tomemos por ejemplo el caso de ese galán que las mujeres de todas las tierras consideran como a un dios: el simpático Gary Cooper.

Gary no niega que ronca como un bendito y que a veces se queda dormido aun cuando tenga en su casa o en su camerino visitas de cumplido. En otras ocasiones cierra la puerta del camerino y se acuesta a dormir tranquilamente,

sin preocuparse de los contratiempos que le causa a los directores de películas que, por más ruido que hagan para despertarlo, no logran conseguir sus propósitos. Porque este Gary duerme como vulgarmente se dice "a pierna suelta" y después que cierra los ojos no hay quien lo resucite. A veces se duerme hasta en la sala de proyecciones del estudio, donde se supone que debe estar muy atento a las escenas que se exhiben para ver cómo han salido.

Los modales de Gary son de lo peor que puede concebirse, especialmente cuando se sienta en una butaca o en un

sofá. Dobra el cuerpo como una melcocha, levanta las piernas y las coloca donde puede, y allí se queda tumbado como si le hubiera pasado por encima un tren. La excusa que ofrece para que sus amigos no se incomoden de tales contorsiones es que posee unas piernas demasiado largas y que no ha podido disciplinarlas todavía.

Joan Crawford goza de reputación en Hollywood como una de las anfitrionas más gentiles y agradables de la colonia



Carole Lombard tiene la costumbre de llegar tarde a las fiestas de sus amistades. Pero como es indispensable, se lo perdonan.

po entero. Si asiste a un cabaret, tan pronto se sienta a la mesa y está protegida por el mantel, se despoja de sus escarpines de baile para sentirse cómoda. Una noche que estaba en el Trocadero, con su marido Franchot Tone, éste estiró las piernas debajo de la mesa y le dió a uno de los zapatos de Joan. El minúsculo escarpín cruzó el salón de baile y fué a detenerse junto a la mesa de Brian Aherne, quien lo tomó cariñosamente entre sus manos y se lo devolvió a la dueña, haciéndole una respetuosa reverencia de caballero andante.



Spencer Tracy se lleva las cajas de fósforos y a veces los enciende...



Anita Louise y Olivia de Havilland se comen las uñas.

ESTE año, los peritos en cuestiones de elegancia han declarado a Clark Gable el hombre mejor vestido de los Estados Unidos, a pesar de que a este artista no le importa un comino la elegancia.

Clark prefiere el confort a la indumentaria impecable, y esa es una de las razones por las cuales casi nunca se le ve en reuniones sociales a las que se tenga que ir con traje de etiqueta. Por lo demás, si lo invitan a fiestas informales, generalmente se presenta sin corbata.

Spencer Tracy padece un mal que le ha causado repetidos disgustos, y es que si le prestan una caja de fósforos para que prenda sus cigarrillos, olvida devolverla y se la mete al bolsillo. Este defecto no perjudica a nadie, pero lo grave es que si a Spencer le prestan un encendedor de oro o de porcelana hace lo mismo sin darse cuenta de su falta.

Ultimamente ha adoptado la costumbre de registrarse los bolsillos antes de regresar a su casa para no incurrir en esta leve tendencia hacia la cleptomanía. Si olvida hacerlo y luego descubre que se ha llevado algo de valor, al día siguiente lo devuelve con un ramo de flores y va personalmente a donde la víctima del despojo para ofrecerle sus excusas.

Si el lector pertenece al grupo de los individuos que se comen las uñas, no desespere de su mal porque en Hollywood abundan las personas célebres que también lo hacen. Entre las que sufren este mal están las famosas Anita Louise y Olivia de Havilland. Quizás sea una alteración de los nervios nada más, pero estas dos muchachas no lo pueden disimular.

Robert Taylor padece de inhibiciones psicológicas en el arte de dibujar y siempre está tratando de trazar líneas que representen algo inteligible, sin resultado alguno. Este padecimiento lo ha convertido en una verdadera amenaza contra la nitidez de las paredes, los escritorios, las mesas, etc. Robert traza figuras absurdas en los puños de las camisas, en la tabllera del teléfono, en cuanto trozo de papel cae en sus manos, y si no fuera porque se domina, lo haría en los manteles y servilletas de las casas respetables a donde lo invitan a tomar la cena.

Carole Lombard no ha podido llegar a la hora exacta a ninguna fiesta desde que se la conoce. No lo hace deliberadamente, sino que siempre le sucede algo a última hora que impide que cumpla sus compromisos a tiempo. En cierta ocasión la Condesa di Frasso la invitó a una de sus encantadoras parrandas, pero sin dejarle saber que se trataba de una serie de asaltos a las residencias de sus amigos. Carole llegó tarde, como de costumbre. Se encontró con la casa en silencio y oscura. En la puerta, la Condesa le había dejado un mensaje diciéndole que los invitados se habían marchado a otra casa. Una hora justa tardó en alcanzarlos, después de llegar demorada a cuatro casas sucesivas, y por fin logró unirse al grupo en la residencia de Basil Rathbone y esposa.

JOEL McCREA pasa la mar de disgustos con su esposa por el hábito incorregible que le aqueja de ponerse a bostezar delante de las visitas más serias. Su mujer, Frances Dee, trató de curarlo de su mal bostezando en guasa cada vez que él lo hacía, y ahora se ha contagiado también y el problema es más complicado que antes.

Joan Blondell es una muchacha admirable por todos conceptos, y nadie le quita sus innegables atractivos, pero hay que confesar que aburre a la gente con sus inoportunos elogios de su hijo Norman. Hablar del chico es algo que la Blondell no puede resistir, y ni siquiera advierte a modo de prólogo que todas las madres piensan que sus hijos son los mejores del mundo.

Myrna Loy turba a los periodistas que van a entrevistarla, pestañeando rápidamente. Hay quien cree que es que va a quedarse dormida, pero la verdad es que esto es un defecto nervioso que no ha podido corregir a pesar de los esfuerzos que ha realizado.

Charles Boyer es tal vez la persona de modales más gentiles y bondadosos entre los galanes de Hollywood. Pero no intente el lector enfascarse en una polémica con él porque generalmente acompaña el acto de la concentración mental de unas actitudes de ogro que espantan.

Ian Hunter es insoportable: cuando lo invitan a cenar en algún sitio, se presenta en la fecha equivocada, e invariablemente trae a su casa invitados la noche en que el servicio doméstico no trabaja.

A PROXIMA vez que vaya usted al cine y le moleste el individuo que está sentado a su lado e insiste en silbar todos los números de música de la película, fíjese bien lo que hace, porque puede ser que el impertinente espectador sea Dick Powell.

A Una Merkel le sucede un fenómeno muy curioso. En el momento de hacer alguna presentación de una persona, su mente se queda en el vacío y no sabe qué decir. Miss Merkel está contratada con la Metro-Goldwyn-Mayer, cuyo jefe de producción es Louis B. Mayer. Una vez que ella debía presentarlo a él a otra persona, dijo de la manera más fantástica: "Le presento al señor Metro".

Todo lo anteriormente anotado no decide en absoluto de las cualidades de las estrellas, sino que las hace más apreciables por cuanto nos permiten a los pobres mortales enorgullecidos de que guardamos alguna semejanza con ellas. Siempre que el culto que les profesamos, que es el culto del heroísmo en la pantalla, no sufra deterioro alguno, estamos dispuestos a perdonarles a estos ídolos infinidad de cosas que no toleraríamos en nuestros propios familiares. Porque ellos son los que satisfacen nuestro ensueño a través del arte de la representación, y a pesar de los pesares hay que reconocer que lo hacen muy bien, y hasta en determinados momentos con la inspiración suprema del genio. Hemos dicho genio y no nos arrepentimos... ¡pero ponemos punto final a nuestro discurso!



DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 27 DE FEBRERO DE 1938

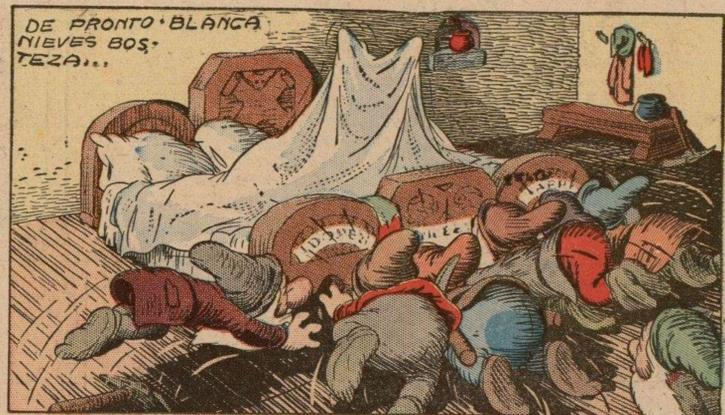
BLANCA NIEVE

Y LOS SIETE ENANITOS.

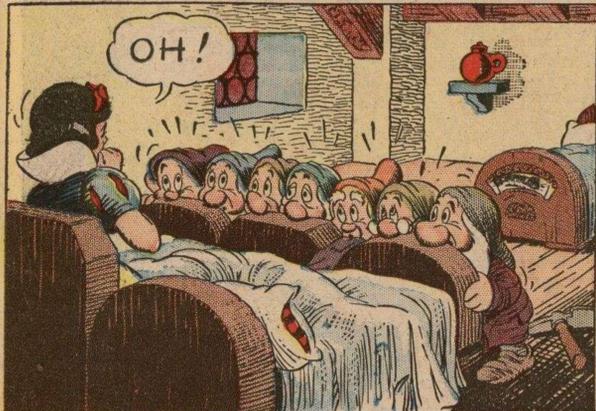
Por WALT DISNEY



¡HUY! ¡QUE MONSTRUO!
¡CHIST! ¡VAMOS A CERCARLO!
¡CHISSST!



DE PRONTO BLANCA NIEVE'S BOS- TEZA...



OH!



¡MIREN! ¡NO ERA UN MONSTRUO!
¡OH NO! ¡ES... ES UNA NIÑA!



¡PERDONEN MI ASOMBRO, PERO ESPERABA VER NIÑOS!



¡NIÑOS! ¡HUM! ¡NO SÉ LO QUE SE FIGURAN ESTAS MUJERES!



ESE ES GRUÑÓN... ¡NO LE HÁGAS CASO, QUE ES UN INVETERA... INVETERADO!



¡EL POBRE! ¡Y NO TIENE MA LA CARA!
YO NO ME PRENDO FACILMENTE DE UNA ADVENEDIZA... PREGÚNTALE QUE BUSCA AQUI!



¡AH, SI!... ESTE... ¿QUE BUS... BUS? ¿QUIÉN ERES LINDA?...
ME LLAMO BLANCA NIEVE Y ANDO HUYENDO DE MI CRUEL MADRASTRA LA REINA.



¡LA REINA!
¡CON ESO BASTA!... ¡A SACARLA DE AQUÍ ANTES QUE NOS CUESTE A TODOS LA VIDA!

EL RATON MIGUELITO



CONQUE YA VEIS COMO EL QUE ES GENEROSO SALE SIEMPRE GANANDO...
¿QUIERE DECIR QUE EL DINERO QUE SE DA NO SE PIERDE?



¡PRECISAMENTE! ¡ASI ES QUE VAYAN APROVECHANDO LA LECCION...



¡TOMEN! UNA MONEDA DE A DIEZ PARA CADA UNO... ¡HAGAN LO QUE QUIERAN CON ELLA!



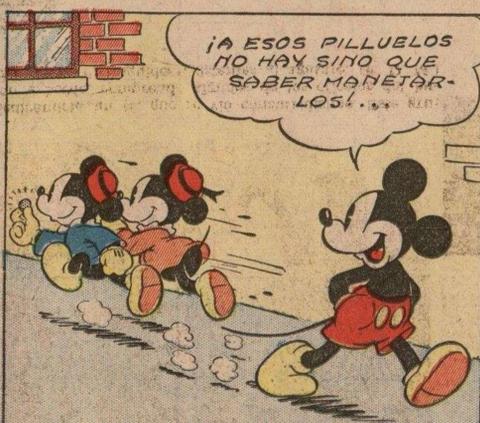
¡VOY A SEGUIRLOS PARA VER SI APROVECHARON BIEN LA LECCION!



¡GRACIAS! ¡MUCHAS GRACIAS!
¡QUE BUENOS CHICOS SON!... ¡MERECEAN UN PREMIO!...



VEN?.. POR LAS MONEDAS DE A DIEZ QUE REGALARON RECIBEN EL DOBLE.
¡ME ESTA GUSTANDO SER GENEROSO!
¡A MI TAMBIEN!



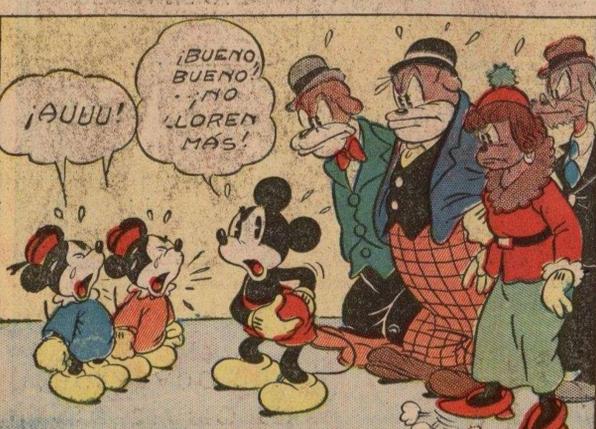
¡A ESOS PILLUELOS NO HAY SINO QUE SABER MANEJARLOS!...



¡GRACIAS, DE NUEVO CHICOS!
¡DE NADA, HOMBRE!
¡EH!



SE LO DIMOS A UN POBRE, COMO NOS ACONSEJASTE.
¡Y TAMBIEN DITISTES...
¡YA LO SEPERO NO PUEDO SEGUIR DÁNDOLES DINERO PARA QUE LO REGALEN.



¡AUBU!
¡BUENO... NO LOREN MÁS!



¡AH TIENEN CINCUENTA CENTAVOS CADA UNO!... ¡PERO, POR DIOS, GASTENLOS!
¡GRACIAS, TIO MIGUELITO!



¡QUE, LO GASTAMOS AHORA?
¡POR SUPUESTO, TE CREEES QUE TIO MIGUELITO NOS VA A SEGUIR PREMIANDO?



¡RECORDHOLIS! ¡ESO YA ES APROVECHAR DEMASIADO BIEN LA LECCION!

WALT DISNEY

WONG LO

BRANDON WALSH

WONG LO INSISTE EN QUE SERÍA IMPRUDENTE REVELAR A LOS MARINEROS LO DEL ORO, DESCUBIERTO POR CARLITOS, PUES TEME QUE LA NOTICIA DESPIERTE MALAS PASIONES Y PROVOQUE UN CONFLICTO. ADEMÁS, JUZGA QUE EL ORO PERTENECE A LOS INDÍGENAS QUE LES HAN BRINDADO HOSPITALIDAD Y QUE PRIVARLOS DE SU RIQUEZA SERÍA UNA ACCIÓN INDIGNA.



MI TRIBU DISFRUTA DE PAZ Y BIENESTAR. LOS GUIJARROS AMARILLOS PODRÍAN TRAER A LOS MALOS ESPÍRITUS A VISITARNOS



CON OJO POLEMOS MANIAL HASTA A LOS LEMONIOS. SIN ÉL NO SE PUEDE MANIAL NI A UN ESCLAVO.

¡TODOS LES GUSTA EL DINERO!



YO NO DESEO MANDAR ESCLAVOS NI DE MONIOS; PERO UDS. MIS HUÉSPEDES, PUEDEN DISPONER DE LOS GUIJARROS AMARILLOS Y DE CUANTO POSEO.



¡ESO ES NOBLEZA, Y LO DEMÁS ES CONVERSACIÓN!

ESTÁ ESCRITO: UN VELLALO AMIGO ES UN TESORO; PERO UN TESORO NO ES SIEMPRE UN AMIGO.



¡EL CAPITÁN Y WONG LO HAN ENCONTRADO ORO, TONELADAS DE ORO! ¡BASTANTE PARA ENRIQUECERNOS A TODOS. Y PIENSAN ROBAR NOS NUESTRA PARTE SI NO TENEMOS AGALLAS PARA PELEAR!



¡PERO LOS INDÍGENAS SON AMIGOS DE ELLOS!

¿LOS INDÍGENAS? ¡BAH! SON UNA MANADA DE BORREGOS! ¡CORRERÁN A ESCONDERSE AL PRIMER DISPARO!



¡QUIETOS HASTA QUE YO DE LA SEÑAL! ¡CAPTURAREMOS AL JEFE, A TOMÁS Y A WONG LO Y NOS HAREMOS A LA MAR CARGADOS DE ORO!



¡MORIRÁN EN LA HORCA POR ESTO, INGRATOS!

ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U.S. Patent Office

Brandon Walsh



¡YA HACE MÁS FRÍO!

¡SE, ME ESTA HELANDO LA NARIZ!

¡TE DIRÉ LO QUE VAMOS A HACER!



¡VAMOS A MIRAR LAS LINDAS FLORES DEL CONSERVATORIO HASTA QUE ENTREMOS EN CALOR Y LUEGO SALDREMOS A HACER UNA ESTATUA DE NIEVE!



¡QUE COSAS MÁS LINDAS! ¡ES MARAVILLOSO VERLAS FLORECER SOLO A UNOS CUANTOS PASOS DE UN MONTÓN DE NIEVE!



¡NO COMPRENDO CÓMO HACEN FLORECER LAS PLANTAS EN EL INVIERNO, ANITA!

YO CREÍA QUE EL SEÑOR MARTÍN ERA UN MAGO; PERO ÉL DICE QUE ES FÁCIL, IDÁNDOLES CALOR SUFICIENTE LAS PLANTAS CREEN QUE ES VERANO!



¡ESTE ES MI JARDINCITO! ¡PRONTO TENDRE FLORES, DE UN BULBO QUE PLANTE YO MISMA!

¿QUÉ CLASE DE FLOR?

¿DE QUÉ COLOR?



¿DÓNDE NO LO SÉ, EL SEÑOR MARTÍN RECIBIÓ UNA CAJA DE BULBOS HOLANDESES, UNO VINO SIN ETIQUETA. EL CREÍ QUE SERÁ UN NARCISO.



ME LO REGALÓ PORQUE ERA HUÉRFANO, COMO YO, DE MODO QUE ES MÍO Y ME MUERO DE IMPACIENCIA POR VER LO QUE SALE. ¡OJALA QUE TENGA FLORES BONITAS!



¡QUE INTELIGENTE FUE EL INVENTOR DEL INVIERNADERO! ¿SABED QUIÉN FUE?

¡MANANA, CUANDO VAYAMOS A LA ESCUELA SE LE PREGUNTARÁ A LA MAESTRA, ELLA SABE MUCHAS COSAS.



¿SABEN LO QUE LES DIGO? ¡SI YO FUERA RICA REGALARÍA A CADA FAMILIA UN INVIERNADERO. ¡ENTONCES, EN EL INVIERNO TODOS TENDRÍAN EN SU CASA UN PEDIJITO DE VERANO!



MODESTO RIZOS



¡EH, RIZOS, LO ANDA BA BUSCANDO! ¡OIGA!



QUIERO INVITARLO A CASA PARA QUE COHOZCA A MI FAMILIA. MI HERMANA...

¡ENCANTADO, DEZA! ¿QUE LE PARECE MAÑANA POR LA NOCHE!



¡BUENOS DIAS, SEÑOR RIZOS, ¿SE ACUERDA DE MÍ?

¡YA LO CREO, SEÑORITA TURÓN! NOS CONOCIMOS EN CASA DE LOS ALHEÑA.



¡MAÑANA POR LA NOCHE RECIBIRE A UNOS AMIGOS EN CASA! TENDRIA MUCHO GUSTO EN QUE UD. FUERA...

¡GRACIAS SEÑORITA, IRIA CON MIL AMORES; PERO MAÑANA TENGO UN COMPROMISO!



¡CARAMBA, UNA PULSERA!

¡DEBE SER DE LA SEÑORITA TURÓN!



¿HA REGRESADO SU HIJA, SEÑOR TURÓN? DESEARIA HABLAR CON ELLA. SOY MODESTO RIZOS.

¡LE PROHIBO HABLAR CON ELLA! ¡NO VUELVA UD. A LLAMAR!



¿QUIERE DARME ALGÚN ENCARGO ESPECIAL?

NO... ¿HA VISTO ESTE ANUNCIO, PUESTO POR LA HIJA DE JONÁS TURÓN? DICE: "PERDIDA: UNA PULSERA DE ORO CON PERLAS Y RUBÍES. BUENA GRATIFICACIÓN."



¿SE REFIERE UD. A LA PULSERA DE QUE TRATA EL ANUNCIO, SEÑORITA?

¡SÍ... UN POLICIA QUE SE LLAMA DEZA, ME LA HA DEVUELTO; PERO SE NIEGA A DECIRME EL NOMBRE DE LA PERSONA QUE LA ENCONTRO!



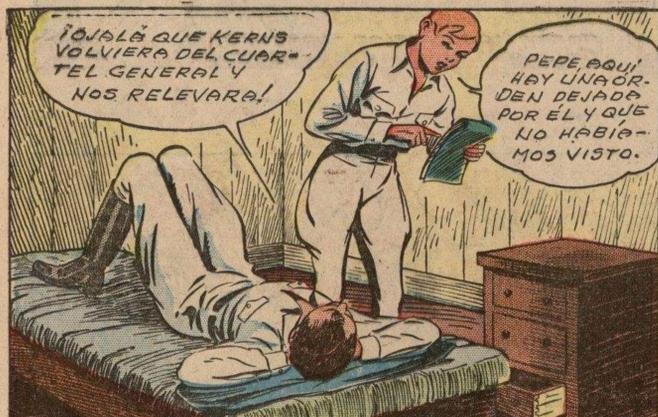
ESTO PODRIA PRESTARSE A UN REPORTAJE, MODESTO. VEA AL POLICIA DEZA Y AVERIGUE COMO LLEGO LA PULSERA A SU PODER.

¡LO VERÉ, SEÑOR; PERO NO CREO QUE ME LO DIRA!

AVENTURAS DE AGUILUCHO

Registered U. S. Patent Office

Lyman Young



¡OJALA QUE KERN VOLVIERA DEL CUARTEL GENERAL Y NOS RELEVARE!

PEPE, AQUÍ HAY UNA ORDEN DEJADA POR EL Y QUE NO HABIAMOS VISTO.



DICE: "VISITE A BURT DEVINS, QUE VIVE CERCA DE TAAGO Y COMPRUEBE SU INFORME SOBRE LAS FIEMAS QUE HACERAN."

NO ME ENTUSIASMA ESA ORDEN; PERO MAS VALE CUMPLIRLA QUE ABURRIARNOS AQUÍ CON LOS CHIMPANSES. ¡VAMOS!



¡EH, NO NOS SIGAN! ¡QUE DENSE CUIDAN DO LA CASA!



LOS CHIMPANSES SE CONSULTAN SOBRE SI DEBEN O NO ACOMPAÑAR A LOS JOVENES.



¿POR QUÉ TE DESVIAS, AGUILUCHO?

QUIERO EXAMINAR EL HUECO DE ESE ARBOL GRANDE.



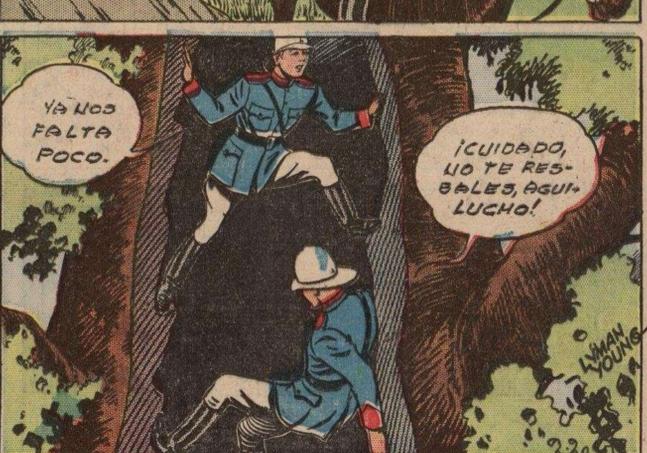
¡CANAS! TODOS EL TRONCO ESTA HUECO! PUEDE VER LA LUZ ARRIBA!

¡A VER SI PODEMOS SUBIR!



¡ESTO ES FACIL! ¡SÍ! ¡GUEHE!

¡ALGUIEN LE HA CORTADO ESCALONES!



¡YA NOS FALTA POCO.

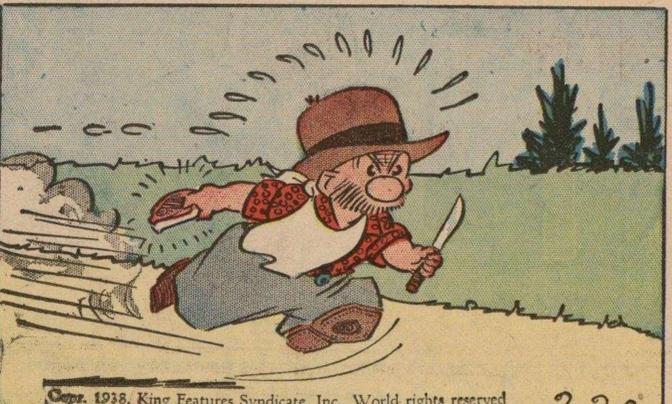
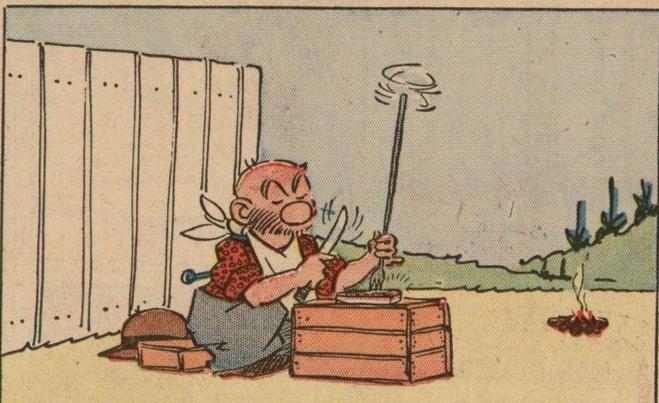
¡CUIDADO, NO TE RESBALES, AGUILUCHO!



¡BIEN VENIDOS A MI HUMILDE CHOZA!

CONTINUARA





PEDRO HARAPOS

